



La Maldad
de
Lodosombrío

La Maldad de Lodosombrío

Título de la obra: La Maldad de Lodosombrío

© 2026, El Amo del Calabozo / La Madriguera del Tejón

Esta es una edición digital de distribución libre y gratuita. Se permite su descarga, lectura y compartición sin fines comerciales, siempre que se reconozca la autoría y no se altere el contenido de la obra.

Edición, maquetación y diseño de interiores: Sergio Tejón

Sello editorial: La Madriguera del Tejón

Sitio web: lamadrigueradeltejon.com

Contacto: lamadrigueradeltejon.info@gmail.com

Primera edición digital: Septiembre de 2026

«La Casa de la Muerte» es contenido no oficial para fans permitido bajo la Política de Contenido para Fans. No está aprobado ni respaldado por Wizards. Partes de los materiales utilizados son propiedad de Wizards of the Coast. ©Wizards of the Coast LLC.

Parte I · La gala de las gemas	6
Parte II · La jaula	21
Parte III · Lo que sale de la cáscara	39
Parte IV · El progenitor	55
Epílogo	65

Para los cuatro que entraron al museo sin preguntar qué había dentro:

A quien llevó a Mirela. Por cantarle nanas al monstruo y desquiciar la partida.
En la novela hubo que frenarte para no matar al lector de un dolor de cabeza.

A quien manejó a Brunhilda. Por pirarte al volante y dejar a la enana tirada.
Tuve que resucitarla yo; alguien tenía que aguantar el tipo.

A Bram. Cuya rectitud fue tan firme, que lo llevó a la muerte.

A quien encarnó a Elowen. Por buscar puertas secretas y pifiar tanto que no
habrías visto la salida ni con un cartel luminoso gritándote: «*Por aquí, Elowen*».

Aquella noche en la mesa todo terminó mucho mejor.
Lo siento. Al escribirlo, el museo reclamó otra cosa.

Vuestro Amo del Calabozo

Parte I · La gala de las gemas

A las seis de la tarde, Varkenbluff se vestía de gala. La fachada del museo, con sus columnas monumentales y arcos de piedra labrada, recibía un caudal incesante de invitados: sedas, levitas oscuras y joyas discretas que ascendían la escalinata entre murmullos de expectación, mientras las polillas revoloteaban contra el resplandor de las lámparas mágicas. Ninguno de los cuatro que cruzaban en ese mismo instante la entrada de servicio llevaba invitación.

La doctora Cassee Dannell los había hecho pasar por la puerta trasera con la promesa de una paga decente y una consigna escueta, susurrada entre el traqueteo de los carros de provisiones: que nada les ocurriera ni a ella ni a su hallazgo esa noche. Un ujier de librea los guió escaleras arriba, dejando atrás el bullicio del vestíbulo principal, hasta las puertas dobles del Ala de las Gemas.

Al franquearlas, el salón se desplegó ante ellos con calculada opulencia: manteles de damasco escarlata sobre mesas redondas, espejos de marco dorado que multiplicaban la luz de las arañas de cristal y, en el centro exacto de la estancia, sobre un pedestal de mármol blanco, la pieza de la velada. Una piedra opaca, de un azul verdoso y turbio, recorrida por vetas abstractas que evocaban los trazos de una escritura remota.

Cerca del pedestal, Dannell repasaba sus notas con nerviosismo contenido, enfundada en sus ropas académicas de ceremonia. No muy lejos, la capitana Maryam Bikram patrullaba el perímetro con el aplomo de quien lleva dos décadas ejerciendo el oficio. Y entre ambas, Alda Arkin, la conservadora, cruzaba la sala con paso rígido y una cartera de cuero apretada contra las costillas; no la soltó ni para estrechar la mano de un invitado que la felicitaba por la organización. Los cuatro recién llegados, cada uno desde su posición, tomaron nota del detalle.

Dannell los buscó con la mirada un instante y les dedicó una inclinación de cabeza casi imperceptible antes de regresar a sus papeles.

Bram Coleston se acopló a la órbita de la doctora como una sombra experimentada y fue el primero en advertir una anomalía: un camarero cuya bandeja, tras diez minutos recorriendo el salón, continuaba tan llena como al principio.

Elowen Thistledown empezó a rodear el perímetro con el fingido desinterés de quien admira los tapices. Detectó que los grandes espejos creaban ángulos muertos en las esquinas noreste y suroeste, puntos ciegos donde alguien podía apostarse fuera de la vista de los centinelas de las puertas. Al descender la mirada hacia el pedestal, reparó en que la base estaba labrada con glifos geométricos de naturaleza inequívocamente funcional, lejos de cualquier intención ornamental; en el centro exacto, casi a ras de suelo, distinguió una pequeña placa metálica, virgen de inscripciones, que desentonaba del conjunto. En lo alto del muro oeste, medio oculta tras una moldura de escayola, localizó una rejilla de ventilación que descartó al instante: a cuatro metros del suelo y con un tiro demasiado estrecho para dar paso a un cuerpo humano.

Mirela Corvino, copa en mano, se mezcló entre los corrillos catalogando rostros. Señaló mentalmente a un hombre de porte castrense junto a la segunda columna: no prestaba atención a la piedra, sino a los guardias y a las salidas, una por una, en una ronda visual metódica.

Brunhilda Forjahierro, incómoda entre tanto mármol pulido y tanta seda fina, se aproximó al pedestal con el pretexto de examinar la pieza de la que dependía su paga. Apoyó una mano encallecida cerca de la base, sin hacer contacto directo con el mineral, y dejó hablar a su instinto de herrera: desprendía una tibieza anómala que ninguna roca debería emitir, poseía una densidad incoherente con su volumen y, en los surcos de la superficie, la textura recordaba al cuero curtido antes que a la piedra.

—Esto —masculló, retirando los dedos con lentitud— no es mineral. O al menos, no solo eso.

Frustrada por no descifrar el patrón de los grabados, Elowen alzó la vista un segundo más de la cuenta.

Se topó de lleno con los ojos de Alda Arkin.

La conservadora no se movió ni alteró el gesto, pero sostuvo la mirada con la fijeza de quien memoriza un rostro para pedir cuentas más tarde. Elowen desvió la vista con fingida indiferencia, maldiciendo para sus adentros el descuido.

Al otro lado del salón, Mirela decidió intervenir. Interceptó a un mozo con un toque leve en el brazo y una sonrisa cándida.

—Aquel de la columna. El del porte marcial. ¿Quién es?

—El capitán Walters, señora. Frankborn Walters —susurró el muchacho, satisfecho de exhibir el dato—. Sirvió veinte años en la guardia de la ciudad. Asiste como invitado.

Mirela le dio las gracias y cruzó el salón sin prisa, sosteniendo la copa en alto hasta plantarse junto al militar con la desenvoltura de quien busca un respiro entre la multitud.

—Menuda pieza —comentó, señalando el pedestal con una inclinación de barbilla—. Aunque usted no parece muy impresionado.

—He visto piedras más hermosas, señora —repuso él con sequedad cortés, sin desviar los ojos del salón—. Pero ninguna con tantos ojos encima.

No hubo forma de sacarlo de ahí. Ni una pregunta de cortesía, ni una mirada de soslayo, ni la menor concesión a la charla ociosa. Walters respondía y devolvía la vista de inmediato a los accesos.

Mirela se retiró con la misma sonrisa intacta, archivando la única certeza que requería: aquel hombre no había venido a disfrutar de la fiesta.

La doctora Dannell subió al estrado con las notas contra el pecho, y el silencio cayó sobre el Ala de las Gemas como un paño denso. Las miradas —invitados, guardias y los cuatro mercenarios mimetizados entre la concurrencia— convergieron en ella y en la pieza que aguardaba, inmóvil y tibia, sobre el mármol.

Bram llevaba veinte minutos marcando al camarero de la bandeja llena. Se había cruzado en su trayectoria media docena de veces sin

encararlo jamás de frente. El individuo ofrecía copas mecánicamente, pero su carga no menguaba y sus ojos eludían a los invitados: saltaban de las puertas dobles al pedestal y, en intervalos regulares y medidos, buscaban a Alda Arkin.

Mirela había seguido la misma pista, aunque leyéndola desde otra perspectiva.

No se fijaba en la bandeja, sino en la economía de sus movimientos. Aquel hombre sorteaba el gentío sin un solo roce involuntario, manteniendo siempre una vía de escape a la espalda y sosteniendo el servicio como ella sostenía la copa: como una herramienta de trabajo, jamás como una carga impuesta.

Ese hombre no sirve mesas, concluyó para sí. Está ejecutando un encargo. Y conozco bien el gremio.

Detuvo a otro camarero, uno auténtico, recurriendo a su habitual expresión afable.

—Aquel de allí, el moreno que no suelta la bandeja. ¿Cómo se llama?

—¿Sarn? Apenas sé nada de él, señora. Lo contrataron solo para el turno de hoy, igual que a mí. Es de pocas palabras.

Mirela agradeció el apunte y guardó el nombre en la recámara.

A Brunhilda, entretanto, la asaltó un eco del pasado. Una advertencia sepultada en la memoria infantil, en los años de noviciado en la fortaleza de roca junto a los yunques tibios, cuando los sacerdotes ancianos recitaban los viejos adagios mineros que ella entonces desdeñaba: Hay piedras que no son piedras; duermen en el barro y el légamo, y ningún martillo debe osar despertarlas.

Había cumplido cuarenta y un años considerando aquello una patraña de viejas. Jamás imaginó recordar la letanía tan lejos del hogar, y menos frente a un pedestal en una sala atestada de nobles perfumados que aplaudían un despojo extraído de una ciénaga.

Sintió un escalofrío erizarle la piel bajo la cota de malla. Fiel a su costumbre, se dirigió sin rodeos a quien menos simpatía le inspiraba.

—Conservadora. Esa piedra no se comporta como ningún mineral conocido. ¿Qué saben en verdad de ella?

Alda Arkin midió a la enana con frialdad antes de responder, parapetada tras una calma impecable.

—Sé lo que sabe toda la ciudad: que la doctora Dannell la desenterró en el pantano de Lodosombrío y que es la adquisición más valiosa del museo en una década. —Hizo una pausa milimétrica—. Si teme por su integridad, pierda cuidado. Está mucho mejor resguardada de lo que aparenta.

La mujer se alejó hacia el otro extremo de la estancia sin aflojar el brazo que aprisionaba la cartera.

La doctora carraspeó sobre el estrado y el salón volvió a quedar a su merced. Relató las penurias de Lodosombrío, las semanas de faena retirando légamo con el agua hedionda a metal hasta la cintura, y el asombro de hallar una formación tan aislada —sin vetas asociadas ni estratos fósiles en derredor— y preservada de forma inverosímil en un medio ácido que debió haberla disuelto siglos atrás. Exponía cada detalle con el orgullo de quien corona una década de trabajo académico.

Junto a su columna, Brunhilda endureció el gesto con cada término: lo aislado, lo intacto, lo que desafiaba a la geología. A sus oídos no sonaba a proeza científica, sino a presagio funesto.

A Elowen le ocurrió justo lo contrario. Apostada en un ángulo favorable para la vigilancia, sucumbió en segundos a la disertación técnica: cotas de excavación, datación de estratos, anomalías químicas. Comenzó a registrar mentalmente los datos con la misma voracidad con que copiaba diagramas en su grimorio. Durante varios minutos, la custodia contratada desapareció por completo bajo la fascinación de la erudita.

Nadie vigilaba la sala. Y el salón aprovechó el descuido.

Bram dio un paso firme hacia Sarn y le aferró el brazo para apartarlo hacia un rincón con aparente discreción. La maniobra se frustró por una fracción de segundo: la tensión en sus propios nudillos o un giro demasiado brusco delataron la intención. Dos asistentes cercanos voltearon la cabeza justo a tiempo de presenciar cómo un hombre corpulento inmovilizaba con rudeza a un empleado del museo.

El falso camarero no forcejeó. En su lugar, alzó la voz con cálculo milimétrico:

—¡Suélteme! ¡Este hombre me está agrediendo!

El grito quebró el silencio del salón en el punto culminante de la ponencia. Las miradas abandonaron el estrado para clavarse en el rincón. Bram apretó el agarre y siseó al oído del individuo la advertencia seca que solía bastar en los muelles.

No funcionó. El hombre esbozó una sonrisa helada, ajena por completo a la servidumbre de su puesto, y redobló el escándalo:

—¿Lo oyen? ¡Me amenaza! ¡Guardias, por los dioses, intervengan!

El fingido pánico mutó en desafío abierto. Buscaba la confrontación para forzar el descontrol de Bram a la vista de todos.

La capitana Bikram irrumpió en el corro, interponiéndose entre ambos con la mano diestra firme sobre el pomo de su espada de cinto.

—Suéltelo. De inmediato. —La orden restalló en el salón—. Y explíqueme alguien qué significa este altercado en mi sala.

Bram liberó al camarero con un empujón seco y se cuadró con la rigidez de su antiguo rango portuario:

—Soy Bram Coleston, de la guardia del muelle. Actúo como escolta de la doctora Dannell. Este individuo ha mostrado una conducta sospechosa durante toda la velada. Si usted responde por él, que así sea; pero tiene trazas de todo menos de mozo de servicio.

Antes de que Bikram pudiera replicar, una voz cortó el paso:

—Yo respondo por él.

Alda Arkin se abrió paso hasta el centro del altercado, manteniendo la cartera de cuero firme contra el pecho.

—Este hombre trabaja a mis órdenes esta noche, capitana, al igual que los otros treinta del servicio. No toleraré acusaciones infundadas contra mi personal. —Se volvió hacia Sarn con fingida condescendencia maternal—: Retírate a las cocinas. Yo me encargo.

Sarn acató la orden, no sin antes clavar en Bram una mirada desafiante y gélida.

Nadie en aquella ciudad arriesgaba su crédito por un mozo contratado por horas. Los cuatro mercenarios registraron la anomalía al instante.

Bikram, imperturbable, sostuvo los ojos de Bram:

—Aquí el único que ha recurrido a la fuerza bruta es usted, señor Coleston. Esto es una institución académica, no las dárseñas. Si tiene sospechas, el conducto es informar a mis hombres, no armar un espectáculo frente a la nobleza de Varkenbluff.

A la espalda de la capitana, cuatro centinelas cruzaban ya el arco principal, atraídos por el revuelo. Bikram alzó una mano para ordenarles que tomaran posiciones en el perímetro sin intervenir, pero la tensión quedó instalada en el ambiente: el incidente había roto definitivamente la calma de la recepción.

Mientras el murmullo de los invitados volvía a alzarse con cierta incomodidad forzada, Mirela fue la única que no apartó la vista del camarero. Y la persistencia dio frutos.

Al enfilar el pasillo hacia el servicio, Sarn rozó la posición del capitán Walters. Ocurrió en un parpadeo: un giro del torso apenas perceptible, la bandeja inmóvil y la fracción de segundo precisa para transferir un objeto menudo de una mano a otra. Una pieza plana, pequeña y rígida, a juzgar por la forma en que los dedos del veterano se cerraron sobre ella. La mano de Sarn emergió vacía sin alterar el paso.

Un intercambio limpio entre profesionales.

Mirela contuvo el impulso de intervenir; carecía aún de pruebas materiales que sostuvieran una acusación pública. Decidió aguardar mientras Dannell, desde el estrado, intentaba reconducir su discurso.

Fue entonces cuando la piedra tembló.

Un pulso sordo sacudió el pedestal y murió casi en el acto, justo cuando la académica explicaba las anomalías térmicas del espécimen. La vibración solo fue advertida por unos pocos: Brunhilda, atenta a la base; Elowen, concentrada en el patrón de los surcos; y la propia investigadora, que enmudeció a media frase.

Lejos de arredrarse, Dannell recompuso el semblante y forzó una sonrisa desahogada:

—No hay motivo de alarma —declaró con impostada solvencia técnica—. Los mecanismos de contención del pedestal están diseñados para calibrarse ante cualquier fluctuación del entorno. Lo que acaban de percibir es el reasentamiento del sistema. La seguridad responde a la perfección.

La justificación sonaba verosímil y la concurrencia la aceptó sin recelo. No obstante, las palabras de la doctora produjeron el efecto opuesto al deseado: en lugar de apaciguar los ánimos, avivaron el morbo general hacia el estrado.

Y expusieron un dato crítico ante todos: aquel pedestal ocultaba un engranaje mecánico.

Nadie aprovechó mejor la revelación que Walters. Libre de la atención de los guardias, que miraban emboados a la doctora, el capitán avanzó hacia el mármol midiendo el ritmo de sus pisadas. Apoyó la zurda en la cornisa y descendió la derecha —cerrada sobre el objeto recién adquirido— hacia la placa engastada en la base.

—Ni se le ocurra poner un dedo ahí.

La voz de Elowen sonó tajante a su espalda, proyectándose con la autoridad de una preceptora:

—Esos grabados han requerido una semana de minuciosa restauración. No permitiré que los arruine una mano descuidada. Apártese.

La reprensión encajaba a la perfección con la etiqueta del recinto: nadie toca una pieza histórica, y menos la joya del museo.

Walters frenó en seco. Retiró la mano despacio, con el puño cerrado y la vista fija en la roca. Al enderezarse, ignoró a la mujer que lo increpaba y buscó de inmediato la línea de las salidas.

Elowen no reparó en el gesto del militar; satisfecha con su intervención, contempló cómo se replegaba hacia una columna con el orgullo de quien zanja una disputa académica.

A pocos pasos, Brunhilda percibió un pulso sordo a través de las suelas. Apoyó de nuevo la palma en el mármol: la temperatura había aumentado notablemente en comparación con la primera lectura. Lo

contrastó con la frialdad de la piedra adyacente y con su propia piel. No cabía duda: el calor iba en aumento. Se guardó la advertencia; no tenía intención de recibir otra condescendiente lección de mineralogía.

Bram, reincorporado a su posición junto a Dannell con el mal sabor de boca de la reprimenda, evaluó el despliegue de seguridad. El guardia del acceso norte seguía desplazado por el conato de bronca anterior; los dos de la entrada principal vigilaban hacia el exterior y Bikram se debatía entre reorganizar la sala y controlar a los presentes. Al forzar el incidente con Sarn, él mismo había creado una brecha en la custodia.

Mirela no concedió a Walters margen para un segundo intento. Al verlo apostado contra la columna, midió distancias y resolvió la maniobra con un viejo truco: un percance fortuito, ejecutado con precisión milimétrica.

Cruzó con la copa ladeada y vació el vino tinto sobre la pechera del capitán.

—¡Por los cielos, qué torpeza la mía!... Permítame, por favor...

El tono salió compungido y suplicante. Walters, exasperado por el estropicio en sus solapas de gala, resopló y toleró el toqueteo de la mediana en lugar de apartarla de un empujón violento.

Ese segundo de condescendencia selló su suerte.

Con la destreza de quien limpia una mancha inexistente, los dedos de Mirela se deslizaron en el forro del guante que el oficial se había quitado para no mancharlo. Extrajo una pequeña placa de hueso, no mayor que un naipe, grabada con un glifo idéntico a los de la base.

El cateo táctico reveló más: bajo el costado izquierdo palpó el arnés ceñido que aseguraba una daga estrecha; y en el forro interior de la levita, doblado con esmero, un envoltorio de lona encerada de ligereza sospechosa. Una bolsa de contención diseñada para bloquear emanaciones arcanas y ocultar bultos al transporte. Nadie carga un implemento semejante en una fiesta sin el propósito de evacuar un botín.

—Suficiente, mujer. Apártese —bramó Walters, apartándola con desdén, ignorante del despojo.

Mirela acudió rauda junto a Bram y le desveló el hallazgo de las armas y el saco. De la placa de hueso, por prudencia operativa, no soltó prenda en ese instante.

Bram no vaciló. Hizo sonar su silbato de ordenanza y forzó un registro formal ante la concurrencia. Un guardia extrajo la daga y Bikram desdobló la bolsa ante los ojos de los invitados con un gesto que no admitía réplica:

—¿Tiene una explicación para esto, capitán?

Walters enmudeció con la mandíbula apretada.

Conducido el militar a las dependencias interiores, Bram apremió a la investigadora:

—Debería clausurar esta ala de inmediato, doctora. Antes de que la situación empeore.

—No tengo autoridad para ello sin el visto bueno de Alda o del director —admitió Dannell, presionándose las sienes—. Además, los cierres del pedestal no son meros adornos: reaccionan si la pieza es removida sin el protocolo adecuado.

—¿Sabe cómo anularlos?

—No. Los dispuso un artífice externo que ya no presta servicio aquí. El control operativo de los accesos y las protecciones recae exclusivamente en Alda. Yo domino la naturaleza de la gema; de su custodia material se encarga ella.

Bram prometió buscar al director del museo, pero regresó poco después con las manos vacías:

—Abandonó el edificio antes de inaugurarse el acto y nadie sabe cuándo regresará.

Brunhilda interceptó a Elowen lejos del gentío:

—Tenemos un problema —soltó la herrera sin preámbulos—. Y no pienso perder el aliento con guardias obsesionados con carteristas ni con doctoras miopes. Los petimetres de esta sala no son la amenaza real.

—¿A qué te refieres?

La enana detalló la temperatura ascendente, la densidad irregular y la textura orgánica de los surcos. Elowen aportó la lectura arcana: aquellos trazos no eran vetas minerales, sino incisiones calculadas o

formaciones biológicas en desarrollo. Ambas acordaron contrastar las sospechas con Dannell una vez más.

La reacción de la académica resultó exasperante: las escuchó con genuina fascinación científica y desmontó cada reparo con soltura teórica. El calor lo atribuyó a fricciones residuales de la excavación; la densidad, a inclusiones metálicas pendientes de ensayo; los surcos, a un capricho de erosión diferencial. Respuestas impecables sobre el papel.

Lo revelador fue que Dannell no se atrevió a tocar el espécimen para comprobarlo. Admitir aquellas anomalías implicaba demoler el mayor logro de su carrera.

Aprovechando la cercanía, Elowen indagó con cautela:

—¿Qué sabe realmente sobre la conservadora Arkin, doctora?

Dannell vaciló un instante antes de bajar el tono:

—Lleva semanas actuando de forma errática. Se mostró inusualmente intransigente al reprender a ese mozo... y hace un mes, al debatir el plan de traslado, aseguró que debíamos mantener la piedra lejos de «quienes de verdad la anhelaban». Cuando le pedí explicaciones, eludió el asunto como si jamás hubiera hablado. No he logrado sacarme esa frase de la cabeza.

Walters fue recluido en una oficina administrativa reconvertida en sala de custodia: una estancia parca, dominada por una mesa desproporcionada y archivadores cubiertos de polvo. Mirela logró colarse tras los guardias aprovechando su condición de informante clave.

Durante un cuarto de hora, los centinelas interrogaron al veterano con formalismos infructuosos sobre el puñal y la lona. Walters resistió imperturbable.

Mirela se despegó de la pared y dio un paso al frente:

—Puedo sostener tres hechos concluyentes —declaró con voz pausada, captando la atención de los presentes—. Un veterano con veinte años de servicio no introduce un arma blanca en una gala civil salvo que anticipe resistencia física. Nadie lleva una bolsa de contención doblada a un convite si no planea extraer un objeto de

contrabando. Y nadie cronometra las rondas de la guardia si no busca un intervalo ciego.

Walters no pestañeó.

Mirela remató la estocada:

—Y sé lo que te entregó Sarn.

El capitán tensó el cuello. El nombre del cómplice desbarató su compostura: evidenciaba que la maniobra completa había quedado al descubierto.

—No cargues con la culpa ajena —insistió ella—. Habla.

—No soy un ladrón común —admitió el militar con voz ronca—. Fui contratado para retirar la gema durante la recepción. La bolsa debía aislarla para franquear el control; me advirtieron de que la pieza no tolera la exposición directa al exterior y requiere envoltorio inmediato.

—¿Quién paga la contrata?

—Lo ignoro. Jamás traté con el mandante; mi único contacto era Sarn.

—¿El destino final?

—No lo sé. Me limitaba a ejecutar la extracción.

Mirela se palpó discretamente la caña de la bota:

—¿Y qué instrucción tenías respecto a la pieza que te transfirió?

—Debía insertarla en la base en un instante preciso. Nada más. Desconozco su función exacta.

El cabo de guardia carraspeó con aspereza:

—Esto vulnera el protocolo. Elevaré un parte formal a la capitana Bikram de inmediato.

—Proceda —replicó Mirela sin inmutarse—. Y hágale saber que esta civil ha obtenido en cinco minutos lo que su destacamento no logró en media hora.

Bram convocó al grupo junto al pedestal, en el límite del cerco permitido por la guardia. Expuso la secuencia:

—Walters responde ante una red anónima a través de Sarn. Y a Sarn lo introdujo Alda Arkin.

—Y Dannell desconfía de ella desde hace un mes por sus comentarios sobre la seguridad de la pieza —añadió Elowen.

Mirela se inclinó sobre el mármol y, resguardada de las miradas del salón por la corpulencia de Bram y Brunhilda, extrajo la plaquita de hueso con el glifo grabado:

—Esto es lo que Sarn le transfirió al capitán. No pienso entregárselo a la guardia para que lo archiven en un cajón.

Brunhilda contempló el objeto y lanzó la advertencia definitiva:

—Muy bien. Aunque desenmascaremos a los tres, esa masa sigue sobre el pedestal. Y no es una piedra.

Nadie replicó. La herrera tenía razón, pero las urgencias inmediatas se impusieron.

Pusieron la cadena de indicios en conocimiento de Bikram, pero la capitana zanjó el asunto con severidad:

—Todo su alegato descansa en la palabra de un detenido que acusa a un mozo en paradero desconocido. La señora Arkin cuenta con veintidós años de servicio intachable en esta casa; ustedes llevan dos horas aquí y el señor Coleston ya ha provocado dos altercados públicos. Aporten pruebas materiales verificables o desistan de entorpecer mi destacamento.

El reloj de caja del vestíbulo marcó las ocho con campanadas graves. El Ala de las Gemas se desahogaba con rapidez: los asistentes se retiraban discretamente con pretextos mundanos ante el declive de la velada.

La pieza permanecía en su emplazamiento, intacta.

Walters abandonó el recinto escoltado hacia las celdas urbanas. Con él partió el atestado y las piezas incautadas —el puñal y la lona— selladas bajo precinto oficial. El ejecutor material salía custodiado; el instigador permanecía en la sombra y la clave operativa continuaba oculta en la bota de Mirela, bajo secreto de los cuatro mercenarios.

El guardia del interrogatorio transmitió sus quejas a Bikram, y Bram aguardó el término del informe para encarar a la oficial:

—¿Mantiene su confianza ciega en la conservadora, capitana?

—Me atengo a los hechos, señor Coleston: veintidós años de intachable reputación frente a tres quejas directas contra ustedes en una sola noche. Un empleado agredido, un invitado ilustre registrado

en público y una civil asumiendo funciones de interrogatorio en mi jurisdicción. Advierta a su compañera: una infracción más y los expulso del recinto por la fuerza.

Bram contuvo la réplica, comprendiendo la lógica marcial de la capitana:

—Transmitiré la advertencia. ¿Ningún indicio que vincule a Arkin en los libros de registro?

—Ninguno. Si descubren hechos probados, acudan a mí. Si son meras sospechas, guárdenselas.

Mirela se acercó en ese instante, deduciendo el intercambio con un simple vistazo.

—Déjalo correr —le murmuró Bram con frialdad profesional—. La capitana defiende su perímetro y no le falta razón reglamentaria.

Mirela apretó los dientes, tragándose el orgullo, y buscó refugio en el mostrador desierto de la taberna para pedir una copa que no probaría.

Bram se dirigió de nuevo a Dannell para precisar los últimos cabos sueltos:

—Necesito que sea concreta, doctora. ¿Qué anomalías específicas observó en la conservadora respecto a las defensas de esta sala?

Dannell vaciló antes de admitir los detalles técnicos:

—Alda supervisó personalmente el grabado de cada glifo del pedestal junto al artífice arcano, anotando cada especificación. Jamás una conservadora administrativa asume semejante tarea técnica. Además, administra en exclusiva los salvoconductos para las puertas de servicio de esta sección; ni el intendente ni los guardias tienen acceso directo a esas llaves.

La académica se ajustó el chal sobre los hombros y se retiró con paso apresurado para tramitar los permisos de cierre ante la intendencia.

En la barra, Mirela acarició disimuladamente el borde de la bota, asegurando la plaquita de hueso: la única prueba palpable de la conspiración seguía en su poder y la noche distaba mucho de haber concluido.

En el extremo del salón, un centinela repasaba con el índice el cuadrante del personal auxiliar contratado para la gala.

El nombre de Sarn no figuraba en el registro. Nadie con esa filiación constaba en los libros de contabilidad ni había sido visto saliendo por los accesos vigilados. Como si la piedra misma hubiera convocado una sombra para abrirle el camino hacia el exterior.

Parte II · La jaula

La doctora Dannell regresó con la autorización en la mano y escolta a la espalda.

Mientras la sala terminaba de vaciarse, Bram no se había quedado de brazos cruzados: había interceptado a la conservadora antes de que abandonara el salón para exigirle acceso técnico al pedestal, convencido de que los glifos ocultaban la clave del sabotaje de Walters. La discusión con Alda Arkin había sido agria y tensa, zanjada con la promesa de que la intendencia resolvería el conflicto.

Ahora, Dannell traía la firma oficial —evidente en el alivio que aflojaba la tensión de sus hombros—, pero la seguía de cerca la propia conservadora, decidida a no ceder un solo palmo de terreno sin marcar sus condiciones.

—Tienen el salvoconducto —espetó Alda, prescindiendo de saludos y clavando los ojos en Bram—. Lo tenían concedido desde que la doctora bajó a secretaria, señor Coleston, y sin necesidad de recurrir a sus modales de muelle. —Hizo una pausa calculada—. Sobre quién pretende sustraer la pieza esta noche, sé exactamente lo mismo que ustedes, por más que porfien sus sospechas. Y respecto a su exigencia sobre la base: la elfa podrá examinar las runas. Mirarlas. Prohibido tocarlas, y bajo ninguna circunstancia a solas.

—¿Y quién va a marcar ese límite? —inquirió Bram.

—Él.

Alda dio un paso a un lado con la frialdad de quien aparta un mueble.

El hombre que quedó al descubierto vestía el uniforme del museo impecablemente planchado, portaba unas gafas de montura de alambre y sostenía un cuaderno de tapas negras bajo el brazo. Debía de llevar allí plantado un buen rato, pues ninguno de los cuatro había advertido sus pasos.

—Feodor —lo presentó Alda—. Coordinador de sala. Responde directamente ante mí y permanecerá junto a ustedes el resto de la noche. Cualquier requerimiento se lo trasladan a él. Y cada paso que den, llegará a mis oídos.

Feodor inclinó la cabeza con una cortesía milimétrica:

—A su entera disposición —dijo, abriendo el cuaderno. Aún nadie le había dirigido la palabra y la plumilla de grafito ya arañaba el papel.

Bram fue al grano:

—El pedestal. —Hizo un gesto con la barbilla hacia Elowen—. Tienes vía libre para mirar. Hazlo.

La elfa no precisó más estímulo.

Feodor se adelantó con paso diligente. Apostado al otro lado del mármol, recitó las directrices fijadas —observar, no tocar y siempre acompañados— y permaneció a un codo de distancia, con el lápiz suspendido en el aire, como un cirujano dispuesto a levantar acta de una disección.

Elowen se arrodilló junto a la moldura inferior y guardó silencio durante varios minutos.

Bram se acuclilló a su vera por mera curiosidad, incapaz de descifrar el intríngulis. Los trazos sobre el mármol no parecían una inscripción votiva, sino el esquema de una máquina: líneas filiformes que brotaban de la base del espécimen, se bifurcaban en ángulos estrictamente funcionales, confluían en la arista del zócalo y descendían por el fuste hasta fundirse con las juntas del enlosado.

—Están anclados —murmuró Elowen al fin.

—¿Anclados a qué?

—Al propio edificio. —La elfa reseguía un canalillo con la yema del índice a un milímetro de la superficie—. La red no concluye en el pedestal; este zócalo es solo la terminal visible del circuito.

Se acomodó sobre los talones y contempló el entramado con un rictus adusto:

—Es magia de transmutación. La pieza no descansa sobre el mármol, Bram; está aprisionada por el flujo. Y esto —abarcó el trazado con un ademán general— es el gatillo que saltará si alguien intenta alzarla sin desconectar el circuito.

—¿Una alarma?

—No. Una alarma avisa al exterior —precisó Elowen sin apartar la mirada—. Esto es un cepe.

Siguiendo el trazado geométrico hacia el centro de la base, halló la pieza clave: una placa lisa, de las dimensiones exactas de un naipe, embutida a ras de la piedra. El mismo detalle metálico advertido desde la distancia durante la recepción.

—Un cerrojo de corte —concluyó en voz baja.

A sus espaldas, la mano de Feodor se mantuvo inmóvil sobre la cuartilla.

Elowen se puso en pie, se sacudió el polvo de los hábitos y consideró que el supervisor había escuchado de balde más de la cuenta.

—Usted conoce bien estas salas —le soltó, desplegando su mejor sonrisa académica—. Si alguien planea entrar aquí después de hora, ¿qué flanco elegiría?

La estratagema fue tan tosca que ella misma se sonrojó antes de terminar la frase.

—Protocolos internos de custodia —atajó Feodor sin despegar los ojos del papel—. Información restringida a civiles.

Anotó dos o tres vocablos secos, clavando en la elfa una mirada que se prolongó un latido más de lo tolerable. Elowen retrocedió con las mejillas encendidas, consciente de la torpeza de interrogar sobre brechas de seguridad al hombre asignado para vigilarla.

Mientras tanto, Bram cruzó hasta el diván del fondo, donde Mirela reposaba con la indolencia de quien se desentiende de los problemas del mundo.

—¿No has causado ya bastante revuelo por hoy? —le espetó, sacudiéndole el hombro—. Arriba.

La mediana abrió un ojo, sopesó el mal genio del guardia y optó por el pragmatismo. Se incorporó, se compuso el jubón y atendió en silencio la explicación sobre las runas, los barrotes y la ranura ciega del pedestal.

Permaneció inmóvil unos segundos, atando cabos.

—Walters —dijo despacio—. No pretendía tocar el fósil. Su objetivo era la ranura.

Miró a su alrededor con cautela, se descalzó la bota derecha y extrajo la plaquita de hueso que custodiaba desde el registro al militar:

—Y esta es la llave. Si esto encaja en el cerrojo —prosiguió, haciéndola girar entre las yemas—, alguien guarda el resto de las piezas. Y esa persona no ha soltado su cartera de cuero en toda la velada.

Bram no halló réplica. Fiel a su adiestramiento, regresó a su posición y mantuvo la vigilancia sobre Feodor durante la media hora siguiente: cada paso, cada mohín, cada pausa para humedecer la punta del lápiz. En un descuido, el empleado se arrimó a una vitrina para apoyar el cuaderno. Bram, avezado en descifrar manifiestos de contrabando por encima del hombro ajeno, buscó el ángulo favorable y leyó.

En la página no había códigos de protocolo, sino cuatro nombres: el suyo, flanqueado por una marca horaria; el de Elowen, con tres anotaciones marginales; el de Brunhilda; y el de Mirela, subrayado con trazo doble. Debajo figuraba una columna de guarismos metódicos.

Eran registros de tiempo. Aquel burócrata estaba cronometrando sus reacciones.

Bram cubrió la distancia que los separaba en cuatro zancadas:

—Señor Feodor. —Le aferró las solapas con calculada lentitud y le alisó la tela sobre los hombros con sorna amenazante—. Ya que tanta devoción muestra por colaborar, ilústrenos: ¿para quién trabaja en realidad?

Feodor no pestañeó. Ni un temblor, ni un cambio de color, ni una mirada de auxilio. Cerró el bloc con un golpe seco, se lo encajó bajo el brazo y contestó con tono imperturbable:

—Retire las manos.

La capitana Bikram ya cruzaba el salón, desenvainando la espada hasta la mitad del acero.

Bram soltó la prenda.

—Un solo desmoche más como este, Coleston, y los cuatro duermen en las mazmorras del concejo —advirtió Bikram a un palmo de su rostro—. Se acabó la paciencia.

Bram apretó la mandíbula y acató la advertencia.

Feodor aguardó a que la oficial se apartara para componerse el cuello de la camisa con flema metódica.

—Registro preventivo de incidencias, capitana —proclamó con voz clara—. La conservadora Arkin ha dispuesto una memoria exhaustiva de la noche tras los desórdenes previos. Si al señor Coleston le incomoda que conste su proceder, bastaría con que se ciñera a la disciplina debida.

Nadie replicó. Minutos más tarde, aprovechando la calma forzada, el coordinador hizo una seña discreta a Bikram, la apartó hacia un vano lateral y le habló durante dos minutos en un susurro continuo, sin aspavientos.

Mirela presenció la escena desde el diván, reconociendo la maniobra al instante:

Ese hombre no está pasando un parte, caviló. Le está comiendo la oreja a la guardia. Y no tenemos forma de pararlo.

Bikram regresó con el rostro endurecido y una orden inapelable:

—Entréguenme las armas.

—¿Cómo dice? —bramó Bram.

—Llevan la velada entera hurgando en las defensas de esta sala —sentenció la capitana con peligrosa serenidad—. La propia conservadora sorprendió a su hechicera estudiando los glifos antes de la apertura. Piden acceso oficial, se les concede, y lo primero que hace es interrogar al coordinador sobre cómo vulnerar la seguridad del recinto. Y ahora pretenden montar guardia a solas frente a la pieza. Puesto sobre la mesa, señor Coleston, tiene el aspecto exacto de una tentativa de expolio. Las armas. Ahora mismo.

Bram entregó el cinto con la espada sin rechistar. Brunhilda descolgó el martillo con gesto amargo. Elowen no portaba hierro alguno, y la carencia de herramientas tangibles que entregar la dejó más desarmada que a sus compañeros.

Mirela, con presteza felina, deslizó la plaquita de hueso bajo el almohadón del diván antes de que la rodearan los guardias. Calculó las posibilidades y el balance resultó ruinoso: si los desarmaban y

los expulsaban, la pieza quedaba en manos de Alda y de aquel amanuense que acababa de envenenar el juicio de la capitana.

Desesperada, la mediana salvó el espacio de un salto, rodeó el pecho de Feodor con el brazo izquierdo y le plantó el filo de su estilete en la carótida:

—¿Para quién trabajas? Y no me salgas con evasivas.

El acero de los centinelas brilló al unísono. Bram alzó el escudo sin empuñar arma para proteger a su compañera, mientras Brunhilda elevaba su talismán de forja por encima de la refriega.

Feodor encajó la amenaza sin perder el temple. Con el frío del metal rozándole la piel, reiteró con monotonía que se limitaba a cumplir con su cometido funcional y que ignoraba cualquier intriga sobre pantanos o minerales.

Fue una trampa perfecta. Mirela había cruzado la línea sin arrancarle una sola confesión, confirmando ante todos la versión que el empleado acababa de venderle a la guardia.

Bikram no vaciló. Ante un civil armado amenazando a un subordinado, ejecutó un tajo descendente, corrigiendo la trayectoria en el aire para salvar a Feodor sin descalabrarlo. La hoja alcanzó limpiamente el flanco de Mirela.

La pícara cayó de costado sobre el mármol, soltando el aire en una mueca de dolor.

Bram arrojó el broquel al suelo en señal de rendición. Brunhilda se arrodilló junto a la herida y posó las palmas sobre el corte; un resplandor cálido emanó de sus manos encallecidas, sellando la carne lo justo para restablecer la respiración de Mirela y mitigar el desgarro.

En ese instante de conmoción, Elowen encajó las piezas del rompecabezas.

No necesitó conjuros ni libros; le bastaron los indicios acumulados: las estrías que imitaban anillos de crecimiento biológico, el gradiente térmico ascendente que Brunhilda venía alertando y la cadencia espasmódica con que vibraba el pedestal. No era la pulsación mecánica de un artefacto, sino el ritmo sincopado de un organismo que pugna por romper su encierro.

Se volvió hacia la enana y soltó la revelación sin preámbulos:

—No es un mineral. Es un huevo. Y está eclosionando.
El salón quedó sumido en un silencio gélido.

—Asegúrenlos de todos modos —ordenó Bikram, trocando la cólera por la cautela táctica.

Sometieron a Mirela a un registro exhaustivo. Vaciaron sus faltriqueras —las ganzúas, las dagas de reserva, la cuerda de tripa— sin hallar nada fuera de lo común. La llave de hueso permanecía a salvo bajo el tapizado del diván, a escasos pasos de los guardias.

Bikram no daba crédito pleno a la teoría del huevo, pero tampoco podía desoírla en vista de los fenómenos:

—De acuerdo. Si esa es la tesis de la erudita, nadie toca el pedestal hasta nueva orden.

Liberó únicamente a Bram —«usted no ha esgrimido acero contra mis hombres»— restituyéndole espada y broquel, pero mantuvo maniatados a Brunhilda y a Elowen, e instruyó a un cabo para localizar urgentemente al director del museo.

Un latido opaco reverberó entonces en la estancia: una onda de luminiscencia turbia brotó del pedestal, atravesó la barrera de las runas y se disipó contra las bóvedas, haciendo tintinear las lágrimas de cristal de las lámparas.

Bram y Brunhilda absorbieron el choque con entereza militar. En las otras dos mujeres, el efluvio dejó secuelas inmediatas.

A Elowen, una distorsión perceptiva abrumadora: comenzó a vislumbrar las acciones con una fracción de segundo de antelación —el parpadeo de un centinela, la oscilación de un paño—, un anticipo sensorial desconcertante para quien se halla atada de pies y manos.

A Mirela, un vahído súbito que le encogió el estómago y le erizó la piel con una sensación gélida, como si el aire de la sala se hubiera enrarecido de golpe.

El fenómeno congeló el aire en la sala. Los dos guardias retrocedieron medio paso con la mano en la empuñadura, alternando la vista entre el pedestal y los brazos relucientes de la mediana; Dannell se cubrió la boca con las dos manos,

descompuesta, y hasta la propia Bikram clavó los ojos en la piedra con una tensión que ya no lograba enmascarar bajo la disciplina militar. Aquello no era una vibración mecánica: era magia viva, ajena y descontrolada.

La irrupción del centinela que habían mandado a secretaría quebró el estupor al cruzar el cancel sin aliento:

—Capitana... el despacho del director sigue desierto. Nadie en el edificio sabe cuándo piensa regresar.

Era la misma respuesta que le habían dado a Bram dos horas antes.

Alda Arkin vio su oportunidad en el desconcierto. Dio un paso hacia la capitana, señalando con la barbilla hacia el pasillo exterior:

—Capitana Bikram, esto supera con creces sus competencias de guardia. Necesito que salgamos al pasillo administrativo ahora mismo; tengo instrucciones de la junta que solo puedo confiarle a usted en privado.

No lo pidió con timidez: lo exigió con la urgencia de quien intenta poner tierra de por medio antes del siguiente estallido.

Desde el suelo, donde permanecía sentada con las muñecas atadas a la espalda, Elowen alzó la voz para que todos la oyeran:

—¡No la deje salir de esta sala, capitana! La jerarquía no es garantía de lealtad esta noche; si cruza esas puertas a solas con usted, perderá el control de lo que ocurra aquí dentro.

Bikram se volvió hacia la elfa con los ojos encendidos:

—¿Cree que preciso lecciones de una prisionera, Thistledown? Desconfío de todos los presentes. Incluso de usted.

Sin embargo, el aviso caló en el instinto marcial de la capitana. Se encaró con Alda con sequedad:

—Nada de despachos privados, conservadora. Si la junta tiene disposiciones para este destacamento, las expone aquí, delante de todos, o se las guarda.

Mirela, incorporándose a duras penas con la espalda pegada al zócalo pese al dolor punzante del costado, miró hacia el pedestal, que volvía a emitir un zumbido sordo:

—Bikram, déjese de orgullos de cuartel. Si esa cosa vuelve a soltar otro pulso, nos convendría a todos tener las manos libres para reaccionar.

Bikram vaciló un instante crucial ante el temblor que persistía bajo sus botas y la inquietud manifiesta de sus propios soldados. Bram aprovechó esa milésima de indecisión: dio dos zancadas rápidas hacia sus compañeras, desenvainó con pulso firme y cercenó las cuerdas de Elowen y Brunhilda antes de que la guardia pudiera reaccionar.

—Ningún compañero mío morirá maniatado —sentenció Bram, interponiendo su cuerpo entre las mujeres y los centinelas.

Mirela se escabulló agazapada en pos de sus arreos, pero un centinela la derribó a media carrera, inmovilizándole el brazo contra el suelo:

—¡Quieta!

La templanza de Bikram se quebró definitivamente:

—¿Ha perdido el juicio, Coleston? Le advertí que no toleraría más insubordinaciones. —Avanzó con el acero alzado—. Deme una sola razón para no pasarlo a hierro.

La segunda detonación estalló en ese instante.

Fue una onda expansiva de fulgor esmeralda que reventó dos vitrinas contiguas, extinguió media docena de quinqués mágicos y proyectó al centinela contra los sillones.

Mirela, que ya se encontraba en el suelo, amortiguó el impacto y rodó sobre sí misma. Sin embargo, fue la percepción alterada de Elowen la que salvó la situación: la elfa divisó la oscilación del pedestal antes de que el mármol cediera, calculó la trayectoria del proyectil y advirtió el fatal desenlace si la masa golpeaba el pavimento.

—¡Mirela, atrápalo! —gritó con todas sus fuerzas.

La ladrona viró en el aire, se deslizó sobre las baldosas y amortiguó el impacto envolviendo los brazos en los faldones de cuero grueso de su jubón para no quemarse viva, frenando la masa a un palmo del suelo.

Al separarse la masa de la base, el sistema de contención colapsó.

Los glifos del perímetro resplandecieron con una incandescencia ponzoñosa. Desde el dintel de las puertas dobles no solo brotaron barrotes de energía esmeralda: al unísono, cayeron pesados rastrillos de hierro macizo que se encajaron en las ranuras del pavimento con un estruendo sísmico, seguidos por un velo translúcido de transmutación que selló las juntas como cera caliente. El aire del salón cambió de densidad en un instante, volviéndose pesado, aislado del resto del mundo bajo una cúpula hermética que devoraba el eco.

Mirela alzó la vista desde el piso, con el huevo amortiguado contra el jubón, y contempló el búnker ciego cerrado sobre los diez ocupantes. Sabían que aporrear el metal o gritar pidiendo auxilio era inútil: el cerco arcano amortiguaba cualquier sonido hacia el exterior; desde los pasillos, el Ala de las Gemas parecería tan muda como una tumba sellada.

Se incorporó y reintegró la pieza a su zócalo. Nada cambió: el zumbido de los glifos continuó vibrando contra los rastrillos con una presión constante e implacable.

El encierro era absoluto.

—Diez —computó Bikram en voz alta, barriendo la sala—. Diez almas atrapadas con un engendro desconocido, y nadie en el exterior al tanto de nuestra suerte.

El zumbido de las runas moduló de tono, elevándose un semitono metálico. Brunhilda fue la primera en advertir la mutación:

—Reacciona al aislamiento —advirtió la herrera—. Como si supiera que la jaula ha caído sobre nosotros.

Dannell se llevó las manos a la boca, aterrada:

—¿Posee consciencia?

Nadie osó responder. Mirela se sacudió las mangas con un bufido: el calor que desprendía la masa había chamuscado los ribetes del cuero y el rescoldo le mordía los antebrazos a través de la tela.

El impacto había abierto una fisura transversal en la cáscara. A través de la hendidura, algo viscoso y oscuro se agitaba en las

profundidades de la masa. Todos los presentes retrocedieron un paso instintivo.

Dannell contempló la brecha abierta en la cáscara y la carne que bullía en su interior. La arrogancia académica se le desmoronó del rostro en un parpadeo.

—Habla, Elowen —suplicó la doctora en un susurro tembloroso—. Por los dioses... dime qué es esto. No me ahorres nada.

—Es un espécimen vivo en fase terminal de incubación, doctora —respondió la elfa con una calma helada, señalando los surcos palpitantes—. Esos anillos concéntricos que usted catalogó como erosión mineral son estratos biológicos. Y los temblores que atribuía al reasentamiento de las defensas eran las contracciones de la cría intentando quebrar el cascarón. Si no apagamos las barreras y salimos de aquí, este salón será su primer nido.

Las palabras cayeron como plomo en la sala. Mirela reaccionó al instante:

—Si el problema son los barrotes, puede que tengamos la llave.

La mediana cruzó con paso rápido hasta el diván, metió la mano bajo el almohadón y recuperó la plaquita de hueso con el glifo tallado. Fue directa al pedestal y la encajó en la ranura metálica de la base.

La piedra no emitió chispa ni chasquido. Los barrotes espectrales siguieron zumbando en los accesos con la misma furia esmeralda. El mecanismo no respondió.

—Maldita sea... no reacciona —masculló Mirela, golpeando el borde del mármol con el puño—. La pieza encaja milimétricamente, pero el cierre sigue trabado.

—Porque alguien ha diseñado este cepo para que no baste con meter una llave —intervino Bram, y sus ojos se clavaron de inmediato en el rincón donde Feodor intentaba fundirse con las cortinas.

El guerrero dio tres pasos pesados hacia el supervisor, cerrándole cualquier escapatoria junto a Brunhilda.

—Usted —dijo Bram, bajando el tono hasta convertirlo en una amenaza sorda—. Lleva toda la noche tomando notas de cada movimiento, cronometrando nuestros pasos y susurrándole instrucciones a la conservadora. Sabe cómo opera este engranaje. O nos dice cómo abrir esas puertas ahora mismo, o nos sentamos todos a esperar a que esa cosa termine de romper la cáscara. Y le aseguro que usted será el primero al que le presentemos al recién nacido.

Feodor miró a Alda en busca de auxilio, pero la mujer mantenía la vista perdida en el suelo, petrificada. Al verse acorralado y comprender que su propia vida dependía de quebrar el encierro, el amanuense se desmoronó:

—¡No sirve desde dentro! —admitió con voz entrecortada, alzando las manos temblorosas—. Informaba a la señora Arkin, sí... Me ordenó controlar los tiempos para que todo quedara resuelto antes de medianoche. Pero esa placa no desbloquea el cierre una vez armado. Servía para desarticular la trampa antes de mover la pieza; una vez que las guardas saltan, el circuito se bloquea por seguridad. ¡El único conmutador de reapertura está en la jamba exterior, al otro lado de las puertas!

Alda compuso un ademán de fingida estupefacción, pero la mirada delatora de su subordinado la condenó sin remedio.

Bram dio un paso hacia la conservadora para requisarle la cartera, pero Bikram interpuso su autoridad:

—Sin mandamiento judicial no se requisa a una alta funcionaria de esta institución.

La misma negativa de siempre. Solo que ahora estaban todos encerrados con ella.

La capitana se volvió entonces hacia Mirela. Tras constatar que la pícara no erraba en sus sospechas, le devolvió la daga incautada con un gesto seco de reconocimiento marcial.

Elowen zanjó el debate con pragmatismo urgente:

—Alguien debe cruzar al otro lado.

Bram blandió la espada, dispuesto a partir la masa antes de que el ser emergiera, pero Brunhilda lo contuvo por el guardamano:

—Con hierro no solucionarás nada; solo acelerarás la ruptura. No sabemos a qué nos enfrentamos ni tenemos espacio de maniobra si esa criatura despierta enfurecida. Hay que buscar una salida antes de provocarla.

Elowen secundó la advertencia:

—La energía remanente la contienen las runas del pedestal. Si fracturas la matriz, desatarás una deflagración incontrolable.

Bikram asumió la dirección táctica del encierro, organizando a sus centinelas para asegurar el perímetro y mitigar la penumbra. Elowen señaló la única vía practicable:

—El conducto de ventilación, en lo alto del muro oeste, tras la moldura. Cuatro metros verticales y una sección mínima.

Volcaron dos pesadas mesas de caoba para formar una plataforma. Bram subió al improvisado estrado y unió las manos para servir de estribo.

Mirela aseguró la plaquita de hueso en el ceñidor y trepó sobre los hombros del guardia, alcanzando el reborde de escayola. Al asomarse a la cavidad, la oscuridad y la estrechez del tiro la hicieron vacilar. Elowen trazó un pase mágico y una mano espectral translúcida palmeó con suavidad la mejilla de la pícara, arrancándole una mueca burlona:

—Agradezco el empujón espectral, pero no hacía falta tanta ceremonia.

Mirela encajó los hombros y se arrastró por el interior del conducto, desapareciendo en la negrura:

—Si no hay noticias más en quince minutos, asuman que el tiro tenía trampa.

Arrastrarse por aquel conducto fue como descender por la garganta de una chimenea apagada: el hollín reseco se le metía en la nariz, los remaches de hierro le arañaban las costillas y a cada codo del tiro de mampostería el aire se volvía más escaso. Tras varios minutos de avance a ciegas guiándose solo por el eco lejano del museo, Mirela divisó una rendija de luz amortiguada. Empujó la rejilla de salida con la suela de la bota y asomó la cabeza: se

hallaba en lo alto de la galería de Fauna Arcaica, suspendida sobre un esqueleto fósil de dimensiones monumentales.

Se descolgó apoyando un pie en el lomo pétreo de la bestia y aterrizó sobre la tarima con un rumor leve, como el de un gato saltando desde una tapia.

El centinela apostado en el crucero del pasillo dio un respingo violento. El acero de su espada abandonó la vaina a medio palmo y posó unos ojos desorbitados ante aquella figura que acababa de lloverle literalmente del techo:

—¡Por los dioses! ¿Quién anda...? ¡Alto ahí!

Mirela alzó ambas manos desnudas al instante, componiendo una mueca de puro alivio teatral mientras se sacudía el polvo del jubón:

—¡Menos mal que encuentro a alguien de uniforme! —soltó en un suspiro apresurado, bajando la voz como si compartiera un secreto de Estado—. La capitana Bikram me ha hecho cruzar por el tiro de mantenimiento. Se ha producido un bloqueo mecánico en el Ala de las Gemas y las puertas principales no responden. ¿Dónde está el acceso exterior a esa sala? Y más importante: la conservadora Arkin me ha ordenado recoger una llave de repuesto en su escritorio antes de tocar el cierre. ¿Cuál es su despacho?

El soldado dudó, descolocado entre la inverosimilitud de la escena, la soltura con la que aquella civil citaba a la oficial al mando y el hollín que le cubría la cara. La mención tajante a la capitana y a la intendencia bastó para disipar sus reflejos:

—El... el pasillo administrativo está tras doblar a la izquierda, la tercera puerta de roble —balbuceó el guardia, envainando el acero a regañadientes—. Y los accesos al Ala de las Gemas quedan justo al final de esta galería, siguiendo la alfombra roja. ¿Seguro que no precisa que la acompañe?

—Quédese en su puesto, la capitana no quiere distracciones en este flanco si la alarma se propaga —zanjó ella con un guiño cómplice.

Se alejó a paso vivo antes de que al hombre le diera tiempo a procesar la sarta de embustes. Siguió la alfombra escarlata hasta desembocar frente a los accesos del Ala de las Gemas. Desde

fuera, la estampa era la de un bloque impenetrable: las puertas de roble descansaban abiertas, pero el vano estaba completamente cegado por el rastrillo de hierro blindado, con sus planchas remachadas selladas de arriba abajo por una película de runas palpitantes. Mirela pegó el oído a la plancha de metal frío: silencio sepulcral. Ni un grito, ni un crujido, ni el eco de los pasos de Bikram. El aislamiento acústico y físico era absoluto. Si no fuera por la vibración que ascendía por el rodapié, cualquiera juraría que la sala estaba vacía.

En la jamba exterior izquierda, oculta tras una moldura decorativa de bronce, Mirela localizó la ranura metálica. Comprendió el diseño de inmediato: quien había concebido aquel cepo mágico no deseaba que nadie pudiera abortarlo desde el interior; la llave de reapertura estaba pensada para operarse a salvo, desde el corredor.

Extrajo la plaquita de hueso de su faltriquera. Se disponía a insertarla en la ranura cuando frenó en seco, con la mano suspendida a un centímetro del metal.

La cabeza le funcionó a toda prisa.

Si bajaba los barrotes en ese mismo instante, Bikram asumiría el mando de la situación, pondría a Alda bajo custodia formal y las alas del museo se llenarían de soldados y cerrojos. Ninguna civil volvería a cruzar el pasillo administrativo sin escolta, y cualquier pesquisa sobre la conservadora quedaría sepultada bajo el protocolo de la guardia. La única oportunidad de conseguir pruebas irrefutables contra Arkin —evidencias materiales que ni Bikram pudiera ignorar— era ahora mismo, mientras todos continuaban atrapados dentro de la jaula.

Se concedió dos minutos.

Desanduvo el pasillo a la carrera, sigilosa como una sombra, hasta la tercera puerta de roble. La cancela del despacho de la conservadora descansaba entornada, vacía de morador. Mirela entró sin vacilar y fue directa al secreter: forzó el cajón principal con la uña de su ganzúa en tres segundos. Dentro no halló fórmulas de glifos, pero sí algo infinitamente más revelador: un libro de contabilidad encuadernado en becerro con asientos de pagos clandestinos fechados durante años, y un fajo de misivas lacradas

sin remitente, todas selladas con el mismo bajo relieve siniestro: una espiral descendiendo en el cieno.

Guardó los documentos bajo el jubón, asegurando el cinto, y regresó al cancel del Ala de las Gemas. Esta vez no dudó: encajó la plaquita de hueso en la ranura de la jamba.

El mecanismo emitió un chasquido seco. Los barrotes esmeralda se apagaron de golpe con un suspiro de aire desplazado, dejando las puertas abiertas de par en par.

Mirela irrumpió en el salón ante el asombro unánime de los presentes y arrojó los legajos sobre el mármol, justo al pie del pedestal:

—Asientos contables opacos, pagos periódicos y correspondencia cifrada —anunció la mediana, recuperando el aliento mientras se sacudía el hollín de los puños—. La conservadora lleva años en nómina ajena. Y el comprador que esperaba esta noche no venía a admirar arte.

Bikram se adelantó con paso tenso, recogió el cuaderno y desdobló una de las cartas. La capitana repasó las cifras y los sellos de cera con la mandíbula apretada; el velo de duda y protocolo que la había atado de pies y manos durante toda la noche se quebró definitivamente al reconocer las fechas de los turnos de guardia que ella misma había firmado.

Se volvió hacia Alda Arkin con una frialdad homicida en la mirada:

—¿Tiene algo que alegar, conservadora?

Alda no articuló palabra. Sostuvo la cartera vacía contra el pecho y apretó los labios; en sus facciones, la altivez administrativa dio paso a una resignación gélida, la de quien sabe que cualquier palabra empeoraría su condena.

—Queda formalmente bajo arresto militar —sentenció Bikram, haciéndoles un gesto seco a sus dos centinelas—. Custódienla. Si hace un amago de hablar o moverse, la reducen con el pomo de la espada.

Un crujido húmedo interrumpió la orden.

Sobre el pedestal, la fisura de la corteza mineral se ensanchó un milímetro más. Una emanación sulfurosa y tibia brotó de la grieta, y

el pulso interno cobró una cadencia espasmódica, cada vez más rápida.

—No hay tiempo para juicios de guardia —urgió Elowen, adelantándose hacia la piedra con expresión crispada—. Mírenlo. Ese cascarón no soportará otra hora de contracciones. Hay que sacar este engendro de la ciudad de inmediato; si eclosiona entre estas cuatro paredes, desatará una carnicería. Nuestra única opción es cargarlo en un carruaje rápido y devolverlo a las aguas profundas de Lodosombrío, al fango del que nunca debió ser arrancado.

—Tiene razón —la secundó Dannell con vehemencia, olvidando cualquier rastro de decoro académico—. La marisma ofrece un medio de contención natural. Su biología se adaptó a la acidez de esas aguas; aquí, expuesto al aire seco de la ciudad, el estímulo solo acelerará el nacimiento. ¡Iré con ustedes, conozco la cuenca de excavación palmo a palmo!

Bikram miró la piedra, evaluó el temblor que ascendía por el suelo y negó con la cabeza con severidad marcial:

—Agradezco su entusiasmo geológico, doctora, pero no alcanzarán la marisma antes del alba ni con cuatro caballos de posta reventando por el camino —zanjó la capitana, midiendo distancias y efectivos—. Y transportar una criatura a punto de reventar por las calles concurridas de Varkenbluff es un suicidio táctico. Nuestra prioridad absoluta es despejar este edificio y aislar la amenaza donde no haya vidas civiles en juego.

La capitana trazó el plan de repliegue: ella evacuaría a los civiles —Dannell, Alda y Feodor— a través del vestíbulo principal, la ruta más directa hacia la calle. El grupo de mercenarios sacaría el artefacto por los pasadizos de servicio, atravesando la sala de Maravillas Subterráneas, un sector desierto donde una eclosión imprevista no causaría una masacre.

—Coleston, usted cargará con la pieza.

Bram desprendió su capa militar, envolvió el huevo con firmeza para mitigar las vibraciones y se lo echó al hombro. Al contacto con la masa, percibió un calor sofocante y un latido biológico que le transmitió un escalofrío por la espina dorsal.

Brunhilda se sumó a la retaguardia sin pedir parecer:

—No pienso dejar que una maga y un estibador carguen solos con semejante fardo.

El cuarteto cruzó la galería de Maravillas Subterráneas a paso ligero, sorteando expositores de minerales que proyectaban sombras grotescas en la semioscuridad. Junto a la salida de servicio, dos enormes figuras de bronce con alabardas en reposo flanqueaban el portón; Elowen las observó de soslayo, inquieta por la tensión de sus ensamblajes, ajena a la simple escultura decorativa.

Dos centinelas de ronda les cerraron el paso con las picas cruzadas:

—Alto. Sector restringido tras el toque de queda.

Mirela dio un paso al frente con las manos abiertas:

—Miren el bulto que traslada mi compañero.

Bajo los pliegues del sayal, una fosforescencia esmeralda palpitaba con cadencia viva.

—Eso es un huevo de pesadilla a punto de reventar. Si prefieren quedarse a presenciar el alumbramiento, bajen las picas; si valoran el pellejo, abran paso.

Los guardias intercambiaron una mirada de espanto y franquearon la cancela.

Fue en ese instante cuando Bram advirtió la crudeza de la situación: Bikram no había asignado un solo soldado para escoltarlos. Se encontraban solos en las entrañas del museo, de noche, cargando con una criatura prehistórica a punto de despertar.

Un tercer pulso sacudió el aire de la galería. Sobre la espalda de Bram, la masa se tensó bruscamente, conteniendo el aliento antes del quiebre final.

Parte III · Lo que sale de la cáscara

El fardo sobre la espalda de Bram dejó de comportarse como peso muerto a mitad de zancada.

Fue una sacudida seca, violenta y deliberada. El guerrero trastabilló bajo el envite y tuvo que desprenderse la carga del hombro para ceñirla contra el pecho con ambos brazos y evitar que rodara por el suelo. Un instante después crujió la piedra: un chasquido nítido, semejante al hielo partiéndose bajo una bota pesada, que resonó entre las vitrinas de Maravillas Subterráneas.

Bajo la tela de la capa estalló una incandescencia esmeralda.

El resplandor proyectó las siluetas del grupo contra los cristales en sombras largas y deformes, transformando la galería en un paraje irreconocible. Elowen percibió la onda antes de verla: una vibración metálica que le trepó por los brazos, se le clavó en las encías y desató un pavor primario, ajeno a cualquier especulación teórica. La atmósfera pareció encogerse, densa y enrarecida, como si el propio recinto contuviera el aliento ante el alumbramiento.

Bram no logró retener la carga.

La tela no cedió por sus manos, sino desgarrada desde dentro. Un fragmento entero de la corteza mineral —la misma superficie veteada que nobles y eruditos habían admirado horas antes— saltó en pedazos contra las losas con el tintineo del cristal quebrado.

Lo que quedó en brazos del guardia ya no guardaba semejanza con una roca: era una masa viscosa y palpitante, del tamaño de un melón maduro, surcada por filamentos de luz verde que latían al compás de una respiración sorda. De la hendidura principal asomó una extremidad. Fina, negruzca, envuelta en flemas y tanteando el aire con la torpeza ciega de lo recién nacido.

El apéndice encontró el antebrazo de Bram y se enroscó en él como un grillete.

—Quitádmelo —masculló Bram. No fue un alarido, sino la voz ahogada de quien lucha por no perder el dominio—. Quitádmelo ya.

Tiró con desesperación. Aquella masa ejercía una tracción inverosímil para su tamaño. El guerrero apretó los dientes, cargó el peso sobre los talones y arrancó el tentáculo con un gruñido bronco. La membrana se rasgó con un chasquido pastoso que heló la sangre de Elowen.

Bram arrojó el amasijo lejos de sí con visceral repugnancia, haciéndolo rodar hacia el pasillo central de las vitrinas.

Al tocar el pavimento, el engendro mudó de conducta.

Dos nuevos zarcillos brotaron de la brecha, se asentaron en el suelo y corrigieron el equilibrio en una fracción de segundo; de inmediato, la torpeza inicial desapareció. La criatura cobró impulso y se deslizó bajo el expositor más cercano en un chapoteo viscoso, dejando una estela fosforescente que languideció sobre el mármol.

Bram desenvainó e interpuso el broquel para cubrir a sus compañeras. Frente a ellos solo quedaba la penumbra bajo el mobiliario.

Elowen, dominando el espanto, fijó la vista en el ser durante los breves segundos que permaneció expuesto. Registró los rasgos con precisión metódica: carecía de órganos visuales reconocibles; en su lugar, coronando lo que sugería ser la cabeza, una corona de filamentos ciliares palpitaba orientándose a las vibraciones sonoras. Tampoco huía a ciegas: había buscado instintivamente el ángulo más oscuro y silencioso de la sala, rehuido del entrechocar del acero.

Aquello no actuaba como una alimaña aturdida; elegía su terreno.

Mirela mantuvo el arco tensado, pero la presa se desvaneció antes de que pudiera soltar la cuerda.

Uno de los centinelas de escolta retrocedió pálido ante el rastro fosforescente; el otro corrió hacia el mostrador de información y descargó la palma contra la campana de bronce con desesperación:

—¡Alarma general! ¡Criatura suelta en Maravillas Subterráneas!

El tañido metálico quebró la noche, transformando el recelo en una carrera contra el reloj.

—El margen se agota —advirtió Elowen, abandonando el abrigo de una columna—. En cuanto el destacamento acuda al aviso, esa cosa reaccionará al estruendo. Si se cruza con tropas corriendo a ciegas, causará una carnicería.

—Que la abatan los soldados —gruñó Bram sin descuidar la guardia—. Es su oficio.

—Nació bajo nuestra custodia, Bram. Esa abominación emergió de la pieza que nos encomendaron proteger; no podemos permitir que escape a la ciudad.

El guerrero asimiló el argumento con aspereza marcial:

—Díme dónde se agazapa. Rastréala.

—Puedo forzar una expansión mística para detección de magia: abarcará la estructura entera, pero exige al menos dos o tres minutos de trance inmóvil en el crucero del Gran Vestíbulo. Desde aquí la distorsión de las vitrinas anula el alcance.

—Dos minutos con esa cosa suelta pueden ser una carnicería.

—Es el único modo de anticipar sus movimientos antes de que gane los conductos mayores. Manténganla cercada en esta sala; no busquen rematarla a ciegas, impidan que franquee los accesos.

La elfa señaló con el índice hacia el rincón noreste:

—Se ha refugiado tras las cajas de embalaje. No le quiten ojo.

Elowen cruzó hacia el vestíbulo a paso ligero, dejando atrás el clamor incesante de la campana. Se acomodó en el pavimento bajo el gran óculo acristalado, con las piernas cruzadas y las palmas abiertas sobre las rodillas.

—Un par de minutos —murmuró para sí, serenando el pulso—. Ni una sola distracción.

Cerró los ojos y dio inicio a la salmodia.

En la galería, los segundos cayeron pesados como gotas de plomo. Bram no se movió de su posición, con el escudo en guardia, respirando con parsimonia para amortiguar el latido frenético de sus sienes. Durante casi dos minutos agónicos solo se escuchó el eco distante de la campana y el crujido ocasional de las vigas; la criatura parecía haberse disuelto entre las sombras del fondo, aguardando su momento.

Mirela, incapaz de tolerar la inmovilidad mientras la bestia ganaba terreno, terció el arco a la espalda y avanzó con pasos felinos, calculando cada baldosa con las manos desnudas al frente.

—Mirela —advirtió Bram en un susurro tenso, sin apartar la vista de los ángulos oscuros—. No cometas imprudencias.

La mediana continuó avanzando en diagonal, peinando el laberinto de maderas y virutas de embalaje:

—Eh... —probó en un hilo de voz, tanteando el aire—. ¿Me captas?

Entre las sombras del embalaje se percibió un roce viscoso contra el pino seco. Los filamentos asomaron primero, orientándose hacia el sonido de la voz como antes buscaron el silencio.

—Asegura el tiro, Mirela —urgió Bram entre dientes—. Lo que vayas a hacer, hazlo ya.

La criatura emergió a media luz.

Asomó medio cuerpo con una lentitud tanteadora y quedó expuesta bajo el reflejo amarillento de un candil.

Mirela enmudeció. La náusea le atenazó la garganta de golpe: aquel organismo del tamaño de un mastín carecía por completo de rostro; una masa informe y purulenta palpitaba con espasmos lentos mientras la corona ciliar se erguía hacia ella, procesando su presencia.

—Bram... parece un cefalópodo deforme. Es nauseabundo.

El insulto pareció surtir efecto: la corona se contrajo bruscamente sobre sí misma.

En ese instante, un centinela irrumpió por el arco norte al reclamo de la campana, con la espada a medio desenvainar:

—¡Alto! ¿Quién anda...?

La advertencia quedó truncada.

Estimulada por la perturbación, la criatura cambió de objetivo y se abalanzó sobre el recién llegado. Le desgarró el hombro en una embestida atroz que arrojó al guardia de espaldas contra las baldosas entre alaridos de dolor.

Bram cubrió la distancia en dos zancadas e interpuso el escudo entre el herido y el engendro. Mirela soltó tres flechas sucesivas en

cuestión de segundos: las dos primeras astillaron los cajones; la tercera se hundió en el torso viscoso con un chasquido húmedo. La bestia se replegó soltando un chorro de icor negruzco y humeante que corroyó el brillo del mármol.

Bram arremetió con la espada, pero solo hendió el aire: herida, la criatura desplegaba una velocidad desconcertante. El centinela apostado en el arco hizo sonar su silbato con desesperación, mientras la masa oscura se escurría pegada al zócalo y desaparecía por un respiradero estrecho en dirección al sector norte, contrayéndose como si careciera de osamenta.

A sesenta pasos de allí, en el vestíbulo, Elowen culminó el ritual.

La percepción arcana iluminó su mente: identificó los rescoldos del Ala de las Gemas, las auras metálicas de las figuras de bronce del mostrador y las alarmas tejidas en el portón principal. Hacia el ala septentrional, una firma mágica débil y veloz se alejaba por los conductos.

Iba a dar la voz de alarma cuando reparó en una figura que cruzaba el crucero del vestíbulo hacia la salida principal con paso pausado y metódico, ajena al revuelo y al clamor de la campana.

El sistema de seguridad del museo había reaccionado de forma instantánea al primer tañido de alerta: desde los dinteles de la fachada, los colosales rastrillos de contención perimetral habían caído a plomo por gravedad, encajándose en las losas con un estruendo sísmico que selló la salida principal al vacío. La puerta monumental era un muro ciego de hierro y runas. Para cualquier mortal, el encierro era absoluto.

Para aquel individuo, no.

No logró distinguir sus facciones, pero el flujo místico que lo envolvía era inequívoco: un aura comprimida, tejida con disciplinas arcanas de transmutación y conjuración. El hombre se aproximó a los barrotes caídos sin aminorar el paso; una ondulación etérea cubrió su silueta durante un parpadeo —un salto dimensional limpio y medido— y su cuerpo se recompuso al otro lado del enrejado, en el primer peldaño de la escalinata exterior.

El aire nocturno de Varkenbluff lo acogió antes de que Elowen pudiera ponerse en pie. La figura se diluyó en la niebla de la calle, dejando el museo convertido en una tumba sellada automáticamente desde los cimientos.

—Se ha escurrido —masculló Bram junto a los embalajes destrozados.

El guardia herido gemía en el suelo, con su compañero taponándole el hombro lacerado.

—Resista —indicó Bram—. El auxilio está en camino.

Mirela examinó la mancha oscura dejada por su proyectil:

—Esto no guarda relación con la sangre de ningún animal conocido.

Elowen se reunió con ellos, con la percepción mística aún zumbando en las sienes:

—No es una bestia corriente —apuntó con tono severo—. Su firma mágica es descomunal para un espécimen recién eclosionado. Se nutre de la energía del propio edificio; a este ritmo de asimilación, mutará y duplicará su volumen en cuestión de minutos.

Añadió en voz más baja:

—Mientras concluía el ritual, alguien ha cruzado el vestíbulo rumbo al exterior. Ocultaba su rastro con un camuflaje de conjuración. Era el único individuo que caminaba hacia la calle mientras el resto simplemente corría sin tener muy clara la situación.

No hubo tiempo para conjeturas: tres guardias armados aparecieron bajo el dintel, encabezados por un cabo de gesto severo:

—¡Armas a la vista! ¿Qué ha sucedido aquí?

El centinela que auxiliaba al herido se adelantó hacia el oficial al mando:

—¡Han atacado al centinela Correa! No han sido ellos, mi cabo; ¡ha sido una alimaña que brotó de esa caja!

—¿Qué alimaña? ¿Y quién permitió el paso a cuatro civiles armados a este sector?

Antes de que nadie articulara respuesta, un alarido desgarrador ascendió desde las profundidades del edificio; un lamento inequívocamente humano que cortó en seco cualquier discusión.

El grito definió las prioridades al instante.

—Usted, con nosotros abajo —indicó el cabo señalando a Bram, a un veterano y a un recluta joven.

—Nosotras cubriremos los accesos principales —determinó Elowen—. Si alguien coordinaba esto desde fuera, no habrá ido lejos.

Brunhilda no mediaba palabra: ya estaba arrodillada junto al guardia Correa. Las vendas empapadas no contenían la hemorragia. Comprendiendo la gravedad, invocó el último rescoldo de su gracia divina: impuso ambas manos sobre la herida hasta que un fulgor cobrizo selló el tejido lacerado, estabilizando la respiración del soldado. La enana quedó exhausta, vacía de poder por el resto de la jornada.

El pasadizo septentrional era angosto y carecía de ventilación. El rastro de icor se desvaneció en una bifurcación de mantenimiento.

—Aquí perdemos la pista —gruñó Bram.

Un chasquido metálico a pocos metros rompió el silencio. Se deslizaron hacia un cuarto de intendencia con la cancela entreabierta.

En el interior, un empleado de limpieza yacía de espaldas entre cubos volcados, paralizado de espanto. Sobre su pecho descansaba la bestia, replegada como un músculo tenso, extendiendo un filamento alargado que descendía con frialdad hacia la boca del operario.

No pretendía devorarlo; buscaba otra cosa.

—¡Ahora! —rugió Bram.

Los tres cargaron al unísono: la hoja de Bram hendió el pellejo gomoso; la lanza del veterano penetró en el flanco con pericia militar; y la pica del joven recluta se clavó con fuerza desesperada en el núcleo del engendro.

El apéndice se retiró del rostro del limpiador a escasos milímetros de la piel.

—Ha encajado los tres golpes —susurró el veterano, atónito—. Y sigue con vida.

La criatura soltó un silbido agudo, se zafó de los hierros con una contracción espasmódica y desapareció por una tobera de evacuación.

Bram contempló al muchacho que había asestado la estocada decisiva:

—¿Tu nombre, chaval?

—Alan Durandor, señor.

Bram memorizó la identidad y se inclinó sobre el operario derribado:

—Sosiéguese. Ya pasó.

—No... no tenía ojos —balbuceó el hombre, temblando—. Solo esas cosas... No actuaba como una fiera; parecía estar seleccionando cuando atacó.

—Parece un parásito —murmuró Alan con un estremecimiento.

—Necesitamos los planos de ventilación de este sector —apremió Bram—. Las vías de servicio del edificio.

El limpiador, recomponiéndose con dificultad, aportó una pista:

—Me llamo Oswin. El único que conoce estos tiros mejor que yo es Peleg, el capataz de intendencia. Deberíamos avisarle antes de que se tropiece con esa cosa a oscuras.

El veterano comisionó a Alan para peinar las dependencias inmediatas. Apenas tres minutos después, el recluta regresó a la carrera, pálido y con el aliento entrecortado: el taller de herramientas estaba revuelto, con la puerta arrancada de cuajo, y Peleg no se hallaba en ninguno de los puestos de guardia del sector.

Oswin se incorporó apoyándose en los anaqueles con un temblor inocultable:

—Conozco cada recoveco de estas galerías. Si esa cosa anda suelta por los tiros de mantenimiento, sé por dónde intentará subir. Serviré de guía.

Encontraron a Bikram en el Gran Vestíbulo en mitad de un caos contenido. La evacuación se había frustrado casi al empezar: al sonar la campana de alarma en Maravillas Subterráneas, el sistema

de seguridad del museo había bajado los rastrillos de la fachada por protocolo estricto de contención, sellando la salida principal para impedir que cualquier amenaza alcanzara las calles de Varkenbluff. Al igual que los portones de la dársena de carga, que estaban trabados con los mismos rastrillos desde el callejón, una situación que obligaba a los soldados a intentar reventar los goznes a golpes de piqueta.

Decenas de empleados y auxiliares permanecían retenidos en el crucero, amontonados entre las vitrinas centrales bajo el cerco nervioso de la guardia; Alda aguardaba en un banco de piedra flanqueada por dos soldados de la dotación fija mientras la doctora Dannell intentaba calmar a los peones más jóvenes.

—Capitana, necesito subir al tejado —dijo Elowen, abriéndose paso a empujones—. Desde la cornisa domino los cuatro accesos viales; me ayudará a localizar la amenaza y si el intermediario permanece en las inmediaciones, podré localizarlo.

—Denegado —zanjó Bikram con pragmatismo marcial—. Hay una amenaza en los conductos y civiles pendientes de desalojo; no arriesgaré efectivos en un tejado helado. Si precisa vigilar la calle, emplee el mirador alto de la oficina de registros que da a la escalinata. Es mi última palabra.

Entretanto, Mirela aprovechó el intervalo para tirar del único hilo suelto que la guardia parecía ignorar. Se acercó al zaguán principal, donde dos centinelas custodiaban con el entrecejo fruncido los imponentes rastrillos de hierro recién encajados en el suelo.

La mediana apoyó los codos en una vitrina cercana, adoptando ese aire de camaradería confiada que tan bien desarmaba a los hombres de uniforme.

—Mala noche para estar de guardia, compañeros —empezó, bajando el tono con fingida preocupación—. Díganme una cosa antes de que la capitana nos mande a todos al matadero: ¿ha visto alguno de ustedes salir por este cancel a un mozo del servicio? Pelo oscuro, mandil impecable y una bandeja que no soltó en toda la gala. Se hacía llamar Sarn.

Los dos soldados intercambiaron una mirada cansada. El más veterano escupió a un lado y negó con la cabeza:

—Por aquí no pasa un camarero ni en sueños, muchacha; el personal de sala tiene orden estricta de entrar y salir por las dárseas de cocina. Y con los rastrillos de la fachada sellados a plomo, de este vestíbulo no sale ni una mosca.

El otro guardia, más joven y con los nudillos blancos de apretar la lanza, frunció la boca haciendo memoria.

—Espera —intervino, vacilando—. De la servidumbre no he visto a nadie, pero hubo un tipo... antes del jaleo, cuando aún recibíamos invitados.

Mirela aguzó el oído sin mover un músculo:

—¿Qué tipo?

—Llevaba levita cara, pero no se quitó los guantes de cabritilla ni para entregar la invitación en la entrada. Abonó el suplemento de gala en moneda de plata, sin dar nombre ni pedir recibo. No probó una copa, no saludó a nadie; se pasó la velada paseando entre las columnas, con la vista fija en las salidas, como si estuviera contando los pasos de memoria. Y en cuanto sonó la campana de alarma arriba, enfiló hacia las puertas con una calma que me heló la sangre. Ni se inmutó. Cruzó el cancel un segundo antes de que los hierros cayeran.

Mirela asintió despacio, guardando el dato en el mismo rincón mental donde archivaba las deudas pendientes. Cruzó la mirada con Alda Arkin, que permanecía custodiada en un escaño de piedra. La conservadora no atendía a la tropa ni a la doctora; mantenía la vista clavada en el portón exterior.

La mediana tomó asiento en el estrado del mostrador y hojeó con dedos febriles el libro contable sustraído del despacho de Arkin. En apenas un par de minutos de lectura apresurada descartó la rutina de sobornos habituales y turnos alterados hasta dar de lleno con el último asiento, registrado tres semanas atrás con una caligrafía inusualmente apretada.

No era una partida contable ordinaria: consignaba la entrega formal de la «muestra viva» a un intermediario en la escalinata principal durante la clausura del acto. Como único receptor no constaba ningún nombre de noble ni de comerciante, sino una designación escueta y solemne: «A disposición de la Orden». Y al

pie de la cifra convenida, trazado a pluma con pulso firme, figuraba el mismo emblema que sellaba la correspondencia privada de su despacho: una espiral que se hundía en trazos densos, como hundiéndose en el cieno.

Mirela trasladó el documento a Bikram, señalando el renglón con la uña sucia de hollín:

—Capitana. Échele un ojo a la última partida.

Bikram leyó el asiento en silencio. La mandíbula se le tensó al reconocer la rúbrica y el trazo de la espiral:

—«La Orden»... —murmuró la oficial, y un velo sombrío le cruzó la mirada—. Ese grabado ha aparecido tres veces en veinte años sobre fardos de contrabando interceptados en las dársenas. Cajas selladas que venían de las cuencas del sur y que nadie en aduanas se atrevía a reclamar. Siempre hubo rumores sobre una secta operando en las marismas de Lodosombrío, pero jamás sospeché que tuvieran a la conservadora de este museo en nómina.

Bikram aseguró el cuaderno bajo el cinto. Alda Arkin dejaba de ser una funcionaria venal para convertirse en cómplice directa de una red de tráfico arcano.

Un ujier irrumpió entonces en la estancia con noticias de Brunhilda:

—Capitana, la piedra madre ha cesado toda actividad. Lo que se percibe ahora bajo el enlosado es una percusión constante y metódica, hacia el sector norte. No es un pulso; suena a impacto de herramientas o garras.

Bram convocó al destacamento en torno a los planos:

—Esa aberración pretendía inocular a Oswin. No busca alimento, busca huéspedes. Y si conoce la red de conductos, tiene ventaja.

El guerrero encaró directamente a Alda Arkin:

—Señora Arkin, esa entidad parasita a seres vivos. Aclare de inmediato qué engendraron en ese pantano y cómo se neutraliza.

Alda se puso en pie, parapetada tras una altiva compostura legal:

—Llevo horas retenida sin orden judicial competente. Exijo la comparecencia de un magistrado.

Dannell tomó asiento junto a ella en el banco y prescindió de toda formalidad:

—Alda... tú autorizaste mi primera expedición hace más de una década. Sé que ignoras cómo darle muerte, porque de saberlo ya habrías pactado tu inmunidad. Pero dínos a qué nos enfrentamos.

La conservadora contuvo el llanto y negó con la cabeza en un gesto imperceptible. El terror que la amordazaba no procedía de la guardia ni de las leyes de la ciudad, sino de los compromisos contraídos con la Orden.

—Basta de contemplaciones —zanjó Bikram, asumiendo la gravedad del asedio—. Con las salidas exteriores bloqueadas, nuestra prioridad es asegurar este crucero. Lleven a todo el personal civil al fondo, tras las vitrinas maestras, y formen un cordón defensivo. Si esa cosa rompe el suelo, no quiero a nadie desarmado en su línea de visión.

Bajo sus plantas, el golpeteo sordo redoblaba su intensidad contra el enlosado.

—¿Descendemos a batir los conductos con las antorchas —planteó la capitana al grupo— o esperamos a que irrumpa en el vestíbulo bajo sus propios términos?

Oswin intervino con voz queda:

—Ese tiro de ventilación no concluye en las bodegas, capitana. Es la chimenea matriz: recorre la estructura hasta el desván de intendencia, bajo el tejado.

Elowen posó la mano sobre el mármol y rectificó su cálculo:

—La vibración asciende, no baja. La criatura escala hacia la cubierta.

—Coleston, tome a su grupo y a Oswin —dispuso Bikram sin vacilar—. Cierren el paso a esa cosa en el ático antes de que reviente la claraboya y gane los tejados. Nosotros mantendremos el cordón sobre los civiles.

Bram asintió y se ajustó la correa del escudo. Antes de enfilar el corredor, su mirada de viejo guardia portuario barrió instintivamente el escaño donde custodiaban a los sospechosos: quería asegurarse de que el amanuense de las gafas finas no perdía comba.

Junto a Alda Arkin solo permanecía el centinela de retén, con la alabarda apoyada contra el pecho. El asiento a la derecha de la conservadora estaba vacío.

Bram clavó los ojos en el soldado:

—¿Dónde está el de las notas?

El centinela parpadeó, desconcertado, buscando a su alrededor entre el gentío amontonado tras las vitrinas. Feodor no estaba entre los mozos ni junto a las camillas de los heridos. Había aprovechado la llegada de los partes, el ajetreo de las vendas y el pánico mudo de la sala para deslizarse como una rata hacia los pasillos en penumbra.

Bram maldijo entre dientes. No había tiempo de batir los corredores. Apretó el paso hacia el tiro de ventilación, con la certeza amarga de que un cabo suelto a la espalda nunca presagia nada bueno.

La chimenea matriz albergaba una escalera helicoidal de hierro anclada al ladrillo refractario. A media cota hallaron el rastro: restos de icor coagulado sobre los peldaños y melladuras recientes en el metal.

—Arriba se hallan las naves de reserva y la claraboya central —indicó Oswin, deteniéndose al pie del último tramo con un farol sordo—. Aguardaré aquí para cubrirles la retirada.

El cuarteto franqueó el acceso al desván con extrema cautela. El recinto acumulaba embalajes, lonas y molduras de escayola bajo la tenue luz cenital. Al fondo, entre dos pilas de cajones, una figura se erguía con torpeza bajo el domo acristalado.

No se trataba del espécimen original.

La linterna de Brunhilda barrió el envigado superior y congeló una estampa que heló la sangre del grupo.

La figura encaramada a los tirantes de hierro vestía el blusón de lona basta y las calzas de mantenimiento propias de la servidumbre del museo, pero la anatomía humana había sido violentada de manera atroz: la caja torácica aparecía ensanchada y deformada por placas quitinosas que supuraban un humor negruzco, y de la

coronilla brotaba una corona espasmódica de filamentos ciegos que tanteaban el aire húmedo del desván.

—Por los dioses... —ahogó Mirela, retrocediendo medio paso con la mano clavada en la empuñadura—. Es un hombre. Han infectado a uno de los mozos.

Bram frenó en seco, con el pulso sacudido por una náusea profunda. El veterano contuvo el brazo armado y alzó la mano del escudo en un intento desesperado de apelar a lo que pudiera quedar de aquel desgraciado:

—¡Eh, amigo! —llamó con voz firme pero contenida—. Baje despacio. No intente subir al tejado... Traemos una sanadora con nosotros.

El cuerpo deforme se tensó al escuchar la voz humana. No hubo respuesta articulada, ni súplica, ni el menor destello de conciencia: la mandíbula inferior del sirviente se desencajó hacia abajo con un chasquido seco de cartílagos rotos y de su garganta brotó un siseo vibrante, puramente parasitario.

Aquella entidad no buscaba auxilio. Cazaba.

Se arrojó desde la viga con una violencia sobrehumana, cayendo a plomo sobre ellos con los dedos retorcidos en garras rígidas.

—¡Cuidado! —bramó Coleston.

Bram interpuso el escudo en el último segundo. El impacto de la masa fue tan brutal que lo arrodilló contra las tablas y le sacudió el hombro herido. Mirela reaccionó por puro reflejo de supervivencia: rodó por el costado y hundió su daga en el flanco purulento para arrancarlo de encima de su compañero. El engendro soltó un alarido gutural, despidió a la mediana de un manotazo ciego que la mandó contra unos embalajes y, sintiéndose acorralado, trepó en espasmos frenéticos por los montantes metálicos, buscando hacer estallar la claraboya de vidrio con la cabeza para ganar los tejados.

Abajo, en los pisos inferiores del museo, resonó un coro distante de gritos y vidrios rotos.

—¡No va a parar! —gritó Elowen al ver cómo la osamenta quebraba el primer listón del tragaluz—. ¡Ya no queda nada humano en ese cuerpo!

La elfa trabó los pulgares y proyectó un cono de llamas arcanas que envolvió a la criatura en el aire antes de que rompiera el cristal exterior. El cuerpo abrasado se desplomó pesadamente sobre las virutas de madera del suelo, prendiendo un conato rojizo que Brunhilda sofocó a pisotones de bota claveteada antes de que el fuego lamiera las vigas maestras.

El silencio que siguió fue breve y ominoso. Desde el corazón del edificio ascendió un crujido estructural masivo, semejante al colapso de una viga de carga.

Elowen se arrodilló junto a los restos humeantes, cubriéndose la nariz para filtrar el hedor a carne chamuscada y azufre. Al apartar con la punta de una vara los tejidos carbonizados del pecho, advirtió un tintineo sordo: un aro grueso de hierro con varias llaves largas de paletón forjado y una placa de bronce deformada por el fuego.

Bram se inclinó, arrancó el aro tizado del amasijo con la mano enguantada y sopesó el conjunto. El bronce mostraba un numeral grabado a troquel y el cuño del taller central.

—Son maestras de sector —masculó el veterano, pasándose el pulgar por la chapa—. No las lleva un mozo de cuadra ni un pinche de cocina. Esto abre intendencia, calderas y los accesos de servicio de punta a punta.

Mirela miró el cuerpo calcinado y luego la claraboya intacta:

—No era el bicho que vimos nacer del huevo. Esta cosa ha usado el cuerpo de alguien importante de los sótanos para subir hasta aquí y reventar la salida.

El estruendo lejano que seguía retumbando en las plantas inferiores les recordó que la verdadera amenaza seguía suelta y cobrando fuerza. Bram se guardó el metal caliente en la faltriquera y encabezó el descenso por la espiral de la chimenea sin pronunciar palabra.

Al pie de la escalera, Oswin aguardaba encogido en la penumbra del descansillo, aferrado a una barra de hierro. Al verlos emerger ilesos alzó la mirada con un hilo de esperanza trémula en los ojos:

—¿Lo encontraron? ¿Pudieron frenar a esa cosa antes de que...?

Bram no respondió con discursos. Sacó el aro de llaves aún tibio y se lo tendió en silencio.

El limpiador clavó la vista en el metal tiznado. Sus dedos temblorosos recorrieron la placa de bronce, deteniéndose en una hendidura familiar del canto que el fuego no había borrado. El rostro se le descompuso en una máscara de incredulidad y espanto; las rodillas le cedieron y cayó sentado sobre el peldaño inferior, apretando el llavero contra el pecho como si fuera una reliquia mientras las lágrimas le abrían surcos grises sobre el hollín de las mejillas.

—Las llaves maestras del señor Peleg... —susurró, con la voz ahogada en un sollozo seco—. Nunca se separaba de ellas. Las llevaba al cinto desde hacía doce años...

Nadie intentó consolarlo. La certeza cayó sobre el grupo con el peso de una losa: el engendro original no había subido al tejado, sino que se había servido del capataz como vehículo ciego de distracción mientras él continuaba devorando las entrañas del museo.

Al irrumpir de nuevo en el Gran Vestíbulo, el panorama confirmaba el desastre: dos grandes vitrinas habían sido arrancadas de sus anclajes y en el suelo destacaban cuatro surcos paralelos, de una envergadura que duplicaba la garra del ser abatido en el ático.

La doctora Dannell aplicaba un torniquete a un soldado con medios de fortuna. Alda permanecía acorralada en su escaño, aferrada a su maletín.

En el centro del salón, con el uniforme desgarrado y la hoja ensangrentada en la mano diestra, la capitana Bikram contenía la respiración con el brazo izquierdo colgando inerte:

—Llegan tarde.

Parte IV · El progenitor

Bram tardó en articular palabra.

—Capitana... ¿qué ha ocurrido aquí?

—Lo que ha pasado aquí —repuso Bikram, viéndose obligada a detenerse para recobrar el aliento, síntoma en ella más elocuente que la sangre que le empapaba la manga izquierda— es que el ruido en los conductos era solo un cebo. Apenas pusieron un pie en la escalera, la mole auténtica reventó el cancel de las galerías bajas y cargó de frente contra la barricada de los civiles. Han sido escasos cinco minutos a brazo partido, pero bastaron para poner a prueba cada guardia que nos queda con vida antes de lograr hacerla retroceder.

Señaló con la barbilla los surcos abiertos en el enlosado y los fragmentos de vitrina machacados:

—Se replegó hacia la penumbra del sector norte, pero sigue rondando el perímetro. Y no crean que la he puesto en fuga: apenas le saqué un par de tajos limpios en el costado antes de que me alcanzara el hombro, y solo sirvieron para comprobar que su pellejo tolera el filo del acero con una solidez inhumana. Se está rearmando para la embestida definitiva.

—Descríbala —exigió Elowen.

—Alta como ese expositor. Con la corpulencia de dos hombres adultos. Piel grisácea y rugosa, más coriácea que el cuero de toro. —Alzó la siniestra, la del brazo lacerado, abriendo los dedos al límite—. Las garras superan el palmo. Al hendirle el ijar no profirió queja alguna: se apartó, tanteó el corte y reordenó su postura con fría deliberación. No encaramos a una alimaña instintiva, elfa. Esa abominación razona.

Mirela, con la vista fija en las melladuras del pavimento, susurró el dilema que atenazaba al grupo:

—El engendro que abatimos en el tejado cabía por un tiro de chimenea.

Elowen se adelantó un paso, con las cenizas del ático aún tiznándole las mangas de la túnica, y sostuvo la mirada de la capitana con gravedad sombría:

—Lo que había arriba no era la bestia, capitana. Era Peleg, el capataz de intendencia. La cría lo inoculó en los talleres y utilizó su cuerpo como un huésped ciego para distraernos y tantear la claraboya del tejado.

La maga señaló las hendiduras brutales que marcaban el mármol a los pies de Bikram:

—La entidad que bajó a su posición es el espécimen original, completamente desarrollado. Consume energía y materia a una velocidad aberrante: en el desván apenas matamos a su primera marioneta. El verdadero Horror de Lodosombrío sigue aquí dentro, y es el que usted acaba de encarar.

Bikram apretó la empuñadura de su espada corta; el crujido del cuero bajo su guantelete fue la única respuesta.

—La piedra no albergaba un espécimen durmiente —prosiguió la elfa, acelerando el habla para conjurar el temblor de la voz—. Constituía una matriz de gestación activa. Y cada rezagado interceptado esta noche en la sombra no ha sido devorado: han sido inoculados como huéspedes.

La tensión se quebró con un estruendo ensordecedor procedente del ala de Fauna Arcaica: un crujido colosal de vigas partiéndose, seguido por el desplome estrepitoso de mampostería y el tintineo en cascada de decenas de vitrinas reventando a la vez. El eco recorrió las bóvedas con la violencia de un terremoto.

—¡Viene por el corredor oeste! —bramó uno de los guardias del retén, girando la pica hacia el arco lateral mientras el pánico sacudía a los civiles amontonados al fondo.

Los centinelas bascularon en masa hacia el flanco del ruido, pero Bram alzó el escudo con un mal presentimiento taladrándole la nuca:

—¡No rompan filas! ¡Es un señuelo!

Fue una fracción de segundo. La mole no atacaba por el corredor: había provocado el derrumbe golpeando los muros de carga desde el entresuelo para desviar las defensas.

Antes de que los soldados pudieran recomponer la línea, una sombra gigantesca se descolgó en silencio absoluto desde la penumbra de la cornisa superior, cayendo a plomo en mitad del crucero. El impacto contra el pavimento reventó las losas de mármol en una lluvia de esquirlas y levantó una nube sofocante de polvo de cal. Allí, agazapada entre los cascotes con ventaja absoluta sobre la formación rota, la masa quitinosa del Horror se irguió sobre sus cuartos traseros, desplegando su corona ciega de filamentos directamente frente a la primera línea.

Bikram no había exagerado un ápice. El cuero cetrino caía en pliegues pesados sobre un tórax deforme; en el costado izquierdo supuraban los dos tajos a medio cicatrizar que la capitana le había arrancado minutos antes. Coronando la masa informe de la cabeza, los filamentos ciliares doblaban en densidad y longitud a los de la cría.

La muchedumbre en fuga no figuraba en sus prioridades. El engendro sorteó a dos centinelas aterrados sin rozarlos, apartó los restos del mobiliario de un manotazo y enfiló en línea recta hacia el único núcleo inmóvil del salón: los cuatro mercenarios.

Los examinó con pausada fijeza, como quien coteja un inventario largamente madurado. Desde las profundidades de su caja torácica emergió una vibración cavernosa y sostenida; no un bramido de furia, sino la pavorosa confirmación de un reconocimiento.

—A mi espalda —ordenó Bikram, adelantándose con presteza.

Con el brazo herido apretado contra el jubón, la capitana interpuso su acero entre la entidad y el cuarteto:

—¡Evacuen el vestíbulo, ya! —bramó sin pestañear ante el progenitor—. A la doctora y a los convalecientes, al rincón tras las vitrinas maestras, y que nadie abandone la cobertura. ¡Usted, el del muslo vendado, permanezca postrado! —Y volviendo la voz hacia la retaguardia—: ¡Correa! Si la señora Arkin intenta despegarse de ese escaño, la inmoviliza a la fuerza. —De soslayo, inquirió—: Coleston, ¿resistirá ese broquel?

—Hasta que se quiebre el hierro —repuso Bram, encajando los pies en las juntas del suelo.

La riada de civiles no vaciló: la marea humana desfiló despavorida hacia las dárseas exteriores, despejando el vestíbulo en un puñado de segundos. Permanecieron únicamente quienes carecían de escape: el cuarteto y la capitana en vanguardia, flanqueados por el veterano del silbato, el guardia de sector y Correa, que contenía la hemorragia de su hombro; en la penumbra del fondo se agazapaban la doctora Dannell atendiendo a un herido, el limpiador Oswin aferrado al llavero del capataz y Alda Arkin, pálida y enmudecida, aprisionando la cartera contra las costillas.

La primera lección que la enorme criatura impuso en el combate fue su inverosímil capacidad de anticipación.

Mirela soltó la cuerda desde la penumbra con ángulo idóneo; el proyectil silbó a un centímetro del cuello de la bestia porque esta ya había desplazado el eje de su masa una fracción antes del disparo. Elowen canalizó un estallido ígneo que solo halló una vitrina vacía, reduciéndola a un lago de vidrio fundido. Bikram cargó contra el flanco debilitado, pero la masa viró sobre sí misma con una pasmosa economía de movimientos, haciendo resbalar la hoja sobre el pellejo sin conceder la ventaja de la herida.

Lo aterrador no era la agilidad, sino la ausencia de represalia inmediata: el engendro invertía cada segundo en ganar posición, midiendo las coberturas con la frialdad de un estratega que no precisa precipitar la matanza.

Bram resolvió quebrar aquel esquema analítico. Avanzó hasta el centro de la estancia y aporreó el escudo con el pomo de la espada:

—¡Por aquí, carroña! ¡Encárame a mí!

La provocación surtió efecto, aunque torció su curso. De la garra extendida de la criatura brotó una masa viscosa de lodo oscuro y pestilente que no voló no hacia él, sino directa hacia Elowen. La maga rodó por el pavimento en el último suspiro; el proyectil de cieno se estrelló contra el muro, donde continuó contrayéndose con espasmos orgánicos.

—¡Reconoce a los conjuradores! —gritó la elfa al incorporarse—. ¡Distingue nuestras funciones!

Tres figuras irrumpieron entonces desde el corredor de intendencia.

Avanzaban con el trote descoordinado y rígido de los muñecos de tramoya: un mozo de carga con el delantal tiznado, una camarera con la saya rasgada y Feodor, con los quevedos torcidos sobre la nariz. En los tres rostros destacaban unos ojos vidriosos y lechosos que no reflejaban el entorno.

—Por el Yunque Sagrado... —gimió Brunhilda—.

—Es Feodor —masculló Bikram con la voz quebrada por el estupor.

Los tres autómatas biológicos ignoraron a los civiles y a la guardia; convergieron en abanico sobre Bram con los brazos extendidos, interponiendo una barrera de carne indefensa que protegía a la bestia. Esta, entretanto, retrocedió con parsimonia hacia un ángulo desguarnecido.

—¡Contened los golpes! —suplicó la herrera—. ¡Siguen con vida bajo esa costra!

Bram no precisaba la advertencia; retrocedió midiendo el espacio con el escudo. Elowen consumió su penúltima reserva arcana: recitó cuatro vocablos cadenciosos, semejantes al rumor de un torrente de deshielo. El mozo y la sirvienta frenaron en seco y se desplomaron sumidos en un sopor letárgico, indemnes sobre las baldosas.

Feodor, en cambio, resistió el influjo. Sacudió la cabeza con un chasquido cartilaginoso y reanudó la marcha hacia el guerrero.

—El amanuense rechazó el conjuro —jadeó Elowen—. Y solo me resta una fórmula en reserva.

Bram amagó un tajo contra Feodor variando deliberadamente el filo para derribarlo sin seccionarlo. Bikram aprovechó la distracción para abalanzarse una vez más sobre la brecha abierta del monstruo: esta vez el acero se hundió hasta el gavilán en el costado del Horror.

La criatura cobró la deuda al instante. No contra la capitana que la hería, sino contra quien había osado desafiarla a gritos.

La garra barrió en arco ciego por debajo del broquel de Bram, penetrando en el flanco donde la loriga carecía de solape. El guerrero no gritó: encajó el impacto con un chasquido sordo, trastabilló sobre los cristales rotos y cayó pesadamente sobre las losas.

No volvió a erguirse.

Feodor se arrojó sobre el cuerpo inerte. Blandió sobre la cabeza de Bram un fragmento triangular de vidrio de vitrina, dispuesto a degollarlo con fría determinación.

Brunhilda se arrojó en plancha a través del suelo astillado. Interpuso su broquel del yunque sobre el rostro de su camarada en el milisegundo exacto: la lasca de cristal estalló en mil pedazos contra el hierro sin rozar la carne.

—¡Ni un palmo más, títere! —rugió la enana interponiendo su cuerpo—. ¡Por la casa de Forjahierro, de aquí no pasas!

Mirela recurrió al único recurso desesperado que le dictaba el instinto.

Moduló la voz en aquel silbido bajo y monocorde, carente de significado léxico, que había ensayado antes entre los embalajes.

El Horror congeló su movimiento. La cabeza sin rostro viró hacia el origen del sonido con una violencia desprovista de vacilación: reconocía el timbre de la intrusa que la había perturbado tras la eclosión.

Mirela ya había liberado la flecha. La saeta se clavó profunda bajo una placa coriácea semidesprendida, justo en el ijar lacerado.

Elowen comprendió que el combate convencional estaba perdido. Echó a correr hacia la arcada meridional en busca del coloso de bronce que custodiaba el acceso contiguo: el autómata de intendencia del museo, programado para la contención física de desastres. Al carecer de margen para modular sus runas maestras, optó por la vía expeditiva: descargó una pedrada contra el ensamblaje pectoral del gigante para atraer su foco de alerta hacia la refriega.

—¡A mí, mole de fundición! ¡Cubre la brecha!

El tablero de la sala mutó en un torbellino: el Horror perseguía a Mirela; el coloso de bronce avanzaba con paso marmóreo hacia la elfa; Bikram descargaba el plano de su hoja contra la nuca de Feodor para neutralizar al poseso sin matarlo.

La zancada del autómata resultó más amplia de lo previsto por Elowen. Una zarpa metálica barrió el aire rozándole las vestiduras; la elfa rodó entre los cascos, lacerándose el antebrazo pero salvando la vida por escasos centímetros.

Desde la galería norte irrumpió entonces el joven recluta. Alan Durandor se incorporó a la línea con el escudo alzado y descargó un mandoble a dos manos sobre el torso de la bestia, arrancándole un siseo purulento.

Mirela aprovechó la distracción para ganar cobertura mientras el coloso y el Horror trababan sus masas en un choque de metal y pellejo.

Junto a Bram, Brunhilda libraba su propia batalla desesperada. Hundía las manos en el flanco deshecho del guardia, buscando en vano un latido regular entre la marea carmesí.

Fue la inmovilidad de la enana lo que dio la señal fúnebre. Sus palmas cesaron todo empeño, posadas inertes sobre la cota de su compañero.

Mirela se deslizó hasta el cuerpo y presionó los dedos en la carótida. La piel palidecía a marchas forzadas.

Elowen llegó al corro con el aliento roto:

—¡Dime que lo mantienes con vida, Brunhilda! ¡Cierra esa brecha!

—No resta nada que cerrar, muchacha —respondió la herrera con una fragilidad desconocida en ella—. La hebra se ha quebrado.

Elowen no derramó una sola lágrima; su anatomía entera pareció petrificarse. Se puso en pie con un temblor somático ajeno a la voluntad y liberó la última reserva que había retenido para su propia salvación:

—Por Bram.

La onda de choque atronadora brotó de sus palmas extendidas. En el suelo, junto al cuerpo yacente, quedó el broquel abollado: el único legado tangible de quien había guardado sus espaldas durante la velada.

La deflagración sacudió las vigas del Gran Vestíbulo como un trueno subterráneo. El Horror absorbió el envite contrayendo sus fibras; el guardián de bronce, en cambio, salió despedido contra los muros laterales, encajándose entre las pilastras con los mecanismos guillotizados.

La elfa había inhabilitado a su mejor ariete.

Desprovisto de adversario mecánico, el monstruo viró hacia la presa más accesible: fijó los zarcillos hacia el reducto de las vitrinas donde aguardaban los heridos civiles y la doctora Dannell.

Alan Durandor se interpuso en la trayectoria plantando el escudo con desesperación:

—¡Cubran a los heridos!

Encajó una embestida brutal que le falseó la rodilla; la sangre le manó de la greba, pero sostuvo la posición con los dientes apretados. Brunhilda se abalanzó sobre Dannell, la asió por los ropajes y la arrastró rodando tras un pilar justo antes de que una zarpa hendiera el mármol donde yacía.

Mirela erró dos disparos consecutivos desde la penumbra, maldiciendo su pulso alterado.

Elowen cruzó hacia los restos del autómatas; a pedradas y gritos forzó a los engranajes mellados a reanudar el ciclo de defensa. La mole de bronce se incorporó penosamente, arrastrando una extremidad.

Alan consumió un vial reconstituyente de un trago y aprovechó el avance del muñeco para hundir su guja en el flanco purulento del ser. Mirela abandonó el arco, se deslizó por el ángulo ciego y clavó su estilete bajo una escama suelta hasta tocar víscera.

El engendro reaccionó con un latigazo espasmódico que proyectó a la mediana contra el zócalo de una vitrina. Mirela cayó inerte, sin emitir queja.

—¡Mirela! —gritaron varias voces al unísono.

En el fragor de la distracción, Alda Arkin abandonó el banco. Avanzó con paso rápido hacia el cancel exterior, apretando la cartera de cuero contra el torso.

Apenas cubrió diez metros. El guardia Correa, incorporándose a pesar del hombro desgarrado, le interceptó el paso con la alabarda cruzada: la consigna de Bikram permanecía inalterable. La redujo sin contemplaciones y la devolvió al asiento de piedra. Alda acató la contención en silencio.

Alan deslizó su último reconstituyente en manos de la herrera:

—Reanima a la mediana. Yo cubriré el frente.

Bikram arremetió de nuevo con todo el peso de su veteranía. La hoja penetró hondo; la criatura se estremeció, pero conservó la verticalidad.

El brebaje obró su efecto: Mirela emergió de la inconsciencia con una arcada sanguinolenta, comprobando que las piernas se negaban a sostenerla.

El asalto subsiguiente devino en una agonía infructuosa: Alan cargó exhausto, errando la trayectoria por puro desfallecimiento; el último proyectil místico de Elowen languideció en el aire antes de alcanzar el objetivo; y el coloso de bronce apenas logró arrancar una losa con su extremidad descoyuntada.

Pese a manar icor por media docena de brechas y exhibir el flanco craneal carbonizado por el fuego arcano, el Horror permanecía en pie, ajeno a la fatiga.

Mirela comenzó a arrastrarse penosamente sobre los cristales quebrados en pos de su arco de servicio. Tres metros agónicos que le abrieron las palmas. Aseguró la muesca con dedos trémulos; la visión nublada le impedía precisar el blanco.

Cerró los ojos, recurriendo a las viejas disciplinas del bajo fondo. En la negrura de sus párpados no divisó al monstruo, sino la estampa de aquel hombre tosco de aduanas que se interponía entre ella y los sables de la guardia, exigiéndole templanza.

—Por Bram.

La cuerda restalló. La flecha atravesó la distancia y se sepultó hasta el culatín en la laringe del progenitor.

El Horror no aulló; produjo una deglución sorda y gutural, ahogándose en su propio flujo denso.

En esa fracción de segundo se abalanzó Maryam Bikram. Guardando el aliento para una estocada definitiva, hundió la espada de gavilán por debajo del esternón hasta que la cazoleta golpeó contra la pechera coriácea.

De lado a lado.

—Por este recinto. Por mi servicio. Y por el muchacho de los muelles.

Simultáneamente, Brunhilda alzó su talismán resquebrajado e invocó un voto de consagración final. Su devoción desesperada

quebró el metal del símbolo, desatando una llamarada sagrada que descendió en haz vertical desde el domo del vestíbulo. El fuego y el acero convergieron en las entrañas de la entidad, saturando la sala de una incandescencia blanca.

El Horror cayó de hinojos. La corona ciliar osciló con un temblor agónico, orientándose instintivamente hacia el norte remoto, hacia las ciénagas ancestrales de donde fue arrancada.

La masa se desplomó de costado con un crujido sordo.

El autómata de bronce cesó sus convulsiones y quedó petrificado en una postura inerte, recuperando su condición de vestigio ornamental.

Brunhilda posó la palma sobre el pecho frío de Bram. Había contribuido a aniquilar al verdugo; no había alcanzado a salvar al compañero.

—¿Ha terminado? —murmuró Elowen con la voz rota.

Nadie se atrevió a responder, porque en la penumbra del museo ningún silencio ofrecía ya garantías.

Epílogo

El silencio que siguió a la muerte del Horror se prolongó más allá de lo que ninguno fue capaz de medir. Fuera del museo, la noche proseguía su curso imperturbable —los carruajes aguardaban bajo los faroles, las avenidas de Varkenbluff reposaban en su letargo habitual—, pero en el interior del Gran Vestíbulo el tiempo parecía haberse coagulado contra las losas salpicadas de vidrio quebrado, adherido al icor que se enfriaba lentamente y al cuerpo de un hombre que jamás volvería a levantarse.

Fue Alan Durandor quien devolvió el movimiento al recinto, impulsado por la sencilla razón de ser el único con entereza para impartir órdenes. Vendó las heridas que admitían cura, dispuso el traslado de camillas desde los almacenes de conserjería e instruyó a dos guardias para aislar a los tres empleados inoculados. El mozo de almacén y la sirvienta recobraron el conocimiento media hora más tarde sin el menor recuerdo de lo acaecido; Feodor tardó dos jornadas en abrir los ojos, y el hombre que aquella velada había emponzoñado el juicio de la guardia susurrando al oído de su capitana jamás volvió a articular una frase cabal en lo que le restó de vida. Fue también Alan quien se encaró con la doctora Dannell y con Alda Arkin para notificarles, con una templanza insólita tras haber hendido a la bestia con un mandoble, que ninguna abandonaría el edificio sin custodia armada.

Bikram no objetó la disposición. En rigor, la capitana permaneció largo tiempo en suspenso. Se había quedado plantada junto a la mole abatida, aferrando la empuñadura con la diestra y con el brazo siniestro colgando inerte, contemplando los despojos con el ceño severo de quien no logra despejar una incógnita aritmética. Elowen la observó desde el confín opuesto de la sala; creyó advertir por vez primera el desconcierto en aquella mujer de hierro y lo atribuyó al simple agotamiento del combate.

Alda Arkin no volvió a pronunciar palabra esa noche. La condujeron fuera escoltada por dos centinelas, con su cartera requisada bajo el brazo de Bikram. Ni aun con el cadáver de Bram enfriándose a pocos pasos consintió en facilitar un nombre, una filiación o un descargo que excediera un seco «yo ignoraba lo que contenía», excusa en la que ni ella misma parecía creer.

Los días posteriores discurrieron bajo la siniestra eficacia de quienes arriesgan demasiado si la verdad trasciende. La Piedra de Lodosombrío había ingresado en los registros con la rúbrica oficial de la Universidad de Vannenshilft, y un claustro académico que acaba de financiar la exhumación de un engendro prehistórico guarda tanto silencio como la institución que le reservó un pedestal de honor. Las gacetas de Varkenbluff despacharon el suceso aludiendo a «desperfectos materiales en un ala de restauración» y a un «conato de siniestro sin pérdidas personales que lamentar»: una patraña tan flagrante que solo pudo sostenerse mediante caudales de oro, coacciones sutiles y firmas arrancadas a los invitados bajo acuerdos de confidencialidad que nadie osaría violar. En algún despacho señorial de Vannenshilft, o en instancias más encumbradas aún, se decretó que la eclosión de un ser horrendo en mitad de una velada aristocrática no era una verdad con derecho a ver la luz del alba.

De las restantes identidades de aquella noche apenas pervivió rastro documental. El capitán Frankborn Walters purgó nueve jornadas en las celdas de la guardia por porte de armas vedadas en recinto civil y fue puesto en libertad sin cargos de gravedad: el comprador clandestino que costeó la tentativa de sustracción jamás fue encausado, sencillamente porque nadie en el concejo abrigaba el menor interés en identificarlo.

Del camarero no subsistió ni la sombra. Sarn —si es que respondía a semejante gracia— no constaba en el censo de personal contratado, ni en los asientos contables, ni en la memoria fidedigna de empleado alguno. Un hombre inexistente en los legajos no puede figurar formalmente como prófugo.

A Peleg, capataz de intendencia con veintitrés años de hoja de servicios, le dieron sepultura dentro de una caja sellada que nadie

tuvo el estómago de abrir. Oswin, que había saneado las mismas galerías a su vera durante más de una década, continuó arrastrando el cepillo y el cubo por los tiros de ventilación, con un manojo de nueve llaves ajenas tintineando al cinto sin que ningún superior le inquiriera jamás por qué las portaba.

En cuanto a Feodor, el amanuense metódico que fiscalizaba cada respiración del grupo en su cuaderno de tapas negras, jamás formalizó su dimisión: su familia se lo llevó de la ciudad en un estado de mutismo catatónico, y el cuaderno no volvió a constar en el archivo del museo por una razón que nadie llegó a sospechar.

Alda fue sometida a un tribunal sumario a puerta cerrada, lejos del escrutinio público y de las actas de la ciudad. Se mantuvo inflexible de principio a fin, fiel al cálculo gélido que había regido cada uno de sus movimientos: ni la Orden que figuraba en sus libros clandestinos, ni los cómplices que aguardaban el cargamento en el delta, ni el emisario de los guantes que desfiló por el vestíbulo al estallar la alarma merecieron de sus labios una sola delación.

La junta rectora y el consistorio prefirieron la discreción del olvido a la notoriedad de un castigo público. Despojada de cargos y honores, fue trasladada bajo secreto de Estado al penal fortificado de la roca norte, condenada a un aislamiento perpetuo en celdas ciegas bajo el nivel de la marea. Con su encierro y su mutismo impenetrable quedó sepultado el único hilo formal que conducía directamente al corazón de la marisma.

El director del museo presentó su cese tres semanas después, esgrimiendo quebrantos de salud ante un patronato que acogió la renuncia con el alivio cómplice de quien elude preguntas incómodas. Ausente durante la tragedia, abandonó Varkenbluff con el andar encorvado de un hombre envejecido de golpe por lo que no llegó a presenciar, y su pista se desvaneció sin retorno.

La doctora Cassee Dannell precisó más tiempo para asimilar las ruinas de su prestigio. Merced a dictámenes meticulosamente expurgados y a callar infinitamente más de lo que manifestaba, logró que la reliquia —el huevo, el engendro y todo cuanto desenterró con orgullo de erudita— quedara catalogada como «especimen geológico anómalo, destruido en el siniestro». Su reputación

sobrevivió magullada; ella, no. Desertó de las excavaciones sobre el terreno para refugiarse en el polvo de las bibliotecas de Vannenshilft. Quienes la frecuentaban aseguraban que el sueño la rehuía y que despertaba a medianoche clamando por un guardia de muelles al que apenas conoció: un hombre llamado Bram que había entregado la vida guardando un enigma que ella no supo descifrar a tiempo.

A Bram Coleston lo enterraron en el camposanto marino, junto a las dársenas donde desempeñó su guardia, con los honores parcos que despiden a los hombres sencillos. Brunhilda pronunció unas breves palabras que nadie retuvo con exactitud, salvo por su invocación al deber cumplido y a las risas compartidas al amor de la lumbre. Mirela depositó sobre la tierra húmeda una flecha intacta, la postrera de su aljaba, con el recogimiento de una promesa sellada sin palabras. Elowen permaneció inmóvil, velando el túmulo mucho después de que el cortejo se dispersara, atormentada por la memoria del conjuro que retuvo en la contienda y que comprendió demasiado tarde.

El broquel abollado quedó en poder de Brunhilda, que no se desprendió de él en todo el trayecto. No fue sepultado con su dueño: terminó suspendido de un clavo en el muro de una buhardilla de alquiler, coronando tres petates gastados. Lo contemplaban en silencio; ninguna de las tres osó descolgarlo jamás.

Brunhilda, Elowen y Mirela reanudaron su camino por las sendas habituales: acero, arcanos y sigilo arrendados al mejor postor, mercenarias en una urbe que nunca reparaba en el origen de las cicatrices ajenas. La ausencia de Bram se tornó en una marca indeleble bajo la piel: en la plegaria adicional que la herrera murmuraba antes de trabar combate, en el voto mudo de Mirela de no dirigir jamás la palabra a aquello incapaz de réplica humana, y en la cautela con que Elowen sopesaba dos veces cada encantamiento antes de proyectarlo al aire.

Maryam Bikram intentó retomar su disciplina castrense. O fingió hacerlo.

Noches después de que el museo reabriera sus salas al público —con una galería clausurada bajo pretexto de «reformas estructurales»—, la capitana arribó a su domicilio a deshora, como

venía sucediendo desde la noche del desastre. Frente al azogue de su alcoba procedió a despojarse del correa con rigor metódico. Fue al soltar la presilla del cuello cuando advirtió la anomalía.

Un cosquilleo sutil, casi tibio, anidaba bajo el ángulo de la mandíbula, en el pliegue donde la carne busca la garganta. Se llevó los dedos esperando topar con una pápula o el roce de un parásito vulgar. Pero bajo la epidermis algo palpitaba: un nódulo diminuto, firme y animado por un latido biológico que no existía la noche anterior.

El espanto le heló la sangre en la nuca. Clavó la vista en el espejo con los dedos atenazando el cuello y la boca entreabierta en una queja que no llegó a nacer.

En el reflejo, sus pupilas se anegaron de una oscuridad absoluta.

La visión de su estancia se disolvió. Bikram —o la consciencia residual atrapada en su cuerpo— se halló de pronto suspendida en otro paraje: una ciénaga yerma bajo un firmamento lívido de brumas bajas, saturada por el hedor dulzón de la podredumbre vegetal. Un círculo de siluetas encapuchadas se congregaba sobre las aguas cenagosas, entonando una salmodia grave y monocorde que la oficial reconoció con la certeza de un legado anterior a su propia cuna. Y en el centro de la marisma, bajo un fango que apenas ondulaba, una masa colosal y verduzca aguardaba en reposo. Monstruosa. Paciente. Despierta desde tiempos inmemoriales.

Cuando el azogue devolvió la imagen de la alcoba, el espanto se había extinguido de sus facciones. Desaparecido sin dejar rastro.

Bikram se irguió lentamente, investida de un aplomo ajeno, como si una voluntad remota acabara de aposentarse definitivamente bajo su piel. Dio media vuelta sin pronunciar queja, sin recoger la insignia de latón que la acreditaba como jefa de seguridad de Varkenbluff, sin la espada que tantas veces desenvainó en servicio y sin una esquila de despedida.

Tomó consigo dos únicos legajos que guardaba bajo el cinto desde la noche del asedio: el libro de cuentas de Alda Arkin y el cuaderno de tapas negras requisado a Feodor. Dos volúmenes rubricados por servidores en quienes depositó su confianza, y que jamás volvieron a ser expuestos a la luz del día.

La cancela de su vivienda se cerró a su espalda con un chasquido suave, casi ceremonioso.

Nadie volvió a dar con su paradero en la ciudad.

Meses más tarde, en los libros de registro del museo, una mano anónima consignó su marcha como una dimisión sin fundamentar: otro asiento cancelado que el olvido devora sin esfuerzo. Pero en las tabernas donde de tarde en tarde coincidían tres mercenarias de miradas endurecidas, el nombre de Bikram —junto a la memoria de Bram y la sombra del Horror descuartizado sobre el pavimento del Gran Vestíbulo— resurgía al calor de las jarras, envuelto en el mismo enigma irresoluble: qué se había cobrado en verdad la Piedra de Lodosombrío, y qué fragmento de aquella pesadilla permanecía aún soterrado bajo los cimientos de la ciudad, aguardando a que alguien osara remover el cieno una vez más.